

Este trabajo no hubiera sido posible sin la valiosa y desinteresada colaboración material e intelectual de un importante grupo de personas que desde el principio, creyeron y participaron en la utilidad de esta publicación. Al respecto quiero señalar la importante tarea de corrección y sugerencias, desarrollada por Elsa Duhagón, Susana Carballal y mi esposa Laura.

A Laura y Diego cuya presencia es un permanente estímulo.

Material de uso interno
Editado por la oficina del libro del c.e.d.a.
olceda@yahoo.com
2004

Este es un libro que se propone contribuir a una mejor comprensión de la ciudad.

Siendo ésta uno de los fenómenos más complejos de la producción cultural y expresión contradictoria del proceso civilizatorio, se trata de poder trascender a las percepciones inmediatas de nuestro diario acontecer para desentrañar algunas de las determinaciones que permiten explicar un cierto funcionamiento y sus correlativas configuraciones espaciales.

Por su parte, la ciudad no ha sido la misma a lo largo de la historia humana. Ha habido tantos tipos de ciudades como formas sociales se han desarrollado. Las formas espaciales siempre han sido producidas por las sociedades por lo tanto, para comprenderlas se debe inexorablemente conocer las relaciones sociales que las hicieron posibles.

En este libro se elige estudiar a la urbanización del capitalismo. Esta es la lógica urbana vigente y seguramente lo siga siendo por un buen tiempo más. Para su mejor conocimiento, se ha elegido el camino de las ciencias sociales desde una perspectiva integradora. La economía política, la sociología, la antropología, la historia y otros saberes disciplinarios son todos parte de las ciencias sociales. Su especificidad disciplinaria no debe perder de vista la unidad última del objeto de estudio que nos recuerda que todos los procesos sociales tienen una enorme complejidad inabordable desde una única perspectiva disciplinaria: tal vez la ciudad sea uno de los ejemplos más claros al respecto.

El camino elegido es una primera aproximación, producto de largos años de investigación teórica y empírica y que modestamente se ofrece al lector como una ayuda para una mejor comprensión de su entorno urbano o tal vez una de las herramientas a emplear en procesos de investigación subsiguientes.

PROLOGO A LA EDICION 1998

Este libro hace más de diez años que circula como bibliografía en varios servicios universitarios interesados en el estudio de la ciudad. Llegado el momento de su reedición surgió la duda acerca de su vigencia en las circunstancias presentes. Pareciera que los cambios ocurridos en el mundo en estos últimos diez años podían hacer peligrar la certeza o utilidad de los conceptos que aquí se manejan. Fue por ello que iniciamos una cuidadosa revisión de un texto al que hacía ya mucho tiempo que no releíamos. Efectivamente descubrimos un cierto hálito muy característico de una época que ya pasó. La caída del mundo bipolar, el debilitamiento del industrialismo clásico, las nuevas formas de generar la ganancia capitalista, y muchas otras cosas más no tienen mención en un texto que fue escrito cuando esas circunstancias apenas se estaban desencadenando.

No obstante, lo central de las circunstancias presentes es que están dadas por la permanencia de la lógica capitalista en la conformación de los escenarios urbanos. Es más, ésta lógica se ha tornado aún más abarcadora que hace diez años, al expandirse vigorosamente por todo el planeta y profundizar su presencia y su naturaleza en los espacios en los que ya estaba sedimentada.

Por lo tanto, entendemos que el conjunto de tesis interpretativas que aquí se manejan mantienen su vigencia en tanto permiten comprender la dinámica de desarrollo de la urbanización capitalista desde sus orígenes aunque mucho más enfáticamente planteada para las circunstancias del siglo XX. A pesar de los importantes cambios producidos, la ciudad continúa siendo un espacio funcional para la circulación del capital, y en particular la conformación del espacio urbano es consecuencia y opera como retroalimentador del desarrollo actual.

Las sociedades han cambiado: la crisis del patriarcado ha puesto en seria crisis a la familia tradicional, las relaciones laborales se han modificado sustancialmente con el debilitamiento del industrialismo y el surgimiento de nuevas formas de producción, la reproducción social ha profundizado los dispositivos de disciplinización desde la cultura de masas, y en especial, la lógica social en su conjunto avanza hacia formas más nítidas de exclusión. Pero definitivamente, comprender las circunstancias actuales supone tener una aproximación bastante precisa a la lógica del desenvolvimiento histórico de la urbanización capitalista, y es en ese terreno en, donde el presente libro sigue constituyéndose en una herramienta de comprensión. Desde la cátedra de Sociología de la Facultad de Arquitectura hace ya algunos años que hemos estado avanzando en el registro y la conceptualización de los cambios más recientes. Esperamos continuar produciendo en este sentido, convencidos que por complejos que se manifiesten los procesos sociales, es posible dar cuenta de ellos. Aun más, desde su interpretación siempre hubo y habrá formas para imaginar alternativas. En el espíritu de nuestro trabajo siempre ha estado presente esa inquietud: el investigador no solamente como un testigo indiferente del acontecer social que le toca conocer e interpretar, sino también un ser humano comprometido que es capaz de investigar y reflexionar científicamente sin escamotear sus propios valores y convicciones.

Alvaro J. Portillo
Montevideo, agosto de 1998

PRESENTACION

El presente trabajo forma parte de una investigación iniciada en 1982 consistente en un estudio pormenorizado de la gestión política urbana en la ciudad de México durante el período 1929-1946, momento estratégicamente clave para comprender la historia y el presente de dicha ciudad.

Conforme se avanzaba en el proceso de investigación, fue preciso efectuar un audaz y renovador esfuerzo de construcción metodológica, ya que las herramientas teóricas disponibles, se presentaban débiles para abarcar y comprender la riqueza y complejidad de una realidad a veces inabordable. Es así que partiendo de los conceptos básicos del materialismo histórico en sus formulaciones clásicas, y de los desarrollos contemporáneos referidos a los procesos de urbanización, se tuvo que recurrir a disciplinas aparentemente tan distantes como la semiótica, o aportaciones de la ciencia política no marxista, así como a estudios sobre los modernos procesos culturales, de autores a veces difíciles de clasificar.

De esta forma hubo oportunidad de avanzar un poco más en el conocimiento de la realidad que se proponía explicar respetando y enriqueciendo una modalidad de conceptualización global, en donde los sucesivos nexos, mediaciones y articulaciones, permiten revelar las insoslayables relaciones que caracterizan a la realidad social.

Fue poca la preocupación por el apego a ortodoxias que sólo coagulan el espíritu científico, y aún a riesgo de incurrir en eclecticismos, se prefirió ensayar la conjunción de vertientes, intentando permanentemente una debida sincronización, así como el diferente valor explicativo al servicio de un cierto sistema de determinaciones.

La investigación concluye en 1985. A efectos de su presentación, y dada la heterogeneidad del itinerario teórico seguido, pareció de suma importancia preceder a la investigación, con una sistematización previa de la teoría utilizada, a efectos de facilitar el camino seguido -para bien o para mal- y eventualmente facilitar la comprensión del trabajo y usos posteriores de las mismas herramientas teóricas.

Este trabajo que ahora se presenta es una readecuación de aquellos escritos que precedieron la investigación sobre la ciudad de México.

Readecuación que consistió en la profundización y desarrollo de algunos de los conceptos que en su formulación original habían quedado un poco trunco y con una serie de supuestos que existían en los medios académicos en los que se presentaba la investigación, pero no en nuestro medio uruguayo.

Los once años de censura en los estudios sociales y la clausura de la producción universitaria, durante el período de la dictadura, solo hicieron posibles esfuerzos de investigación en los ámbitos privados, pero en esos contextos predominantemente se avanzó en análisis empíricos.

Retrotrayéndonos aún más en el tiempo, se debe constatar el bajo desarrollo de las ciencias sociales en el Uruguay, las que en pocas oportunidades pudieron superar el empirismo de inspiración anglosajona o el ensayismo más de tipo periodístico que científico. Como excepción debe destacarse el mayor desarrollo relativo de los estudios históricos y económicos que ya en esas épocas (antes de 1974) habían alcanzado productos de elevada significación científica.

Una explicación de este atraso relativo, sobre todo en comparación con otras realidades latinoamericanas (Argentina, Brasil, México, Perú, Venezuela) sería objeto de toda una investigación específica. Con humildad y franqueza, hoy simplemente corresponde reconocer esta realidad y asumir responsablemente el reto de la investigación científica sistemática en las ciencias sociales.

En particular, destaca como una tarea impostergable y fundamental para hacer posible un avance, el conocimiento y estudio en profundidad del materialismo histórico como una de las principales vertientes de la teoría social.

Partiendo de la base que el materialismo histórico es un libro a medio escribir y mal leído, sigue siendo un invalorable punto de arranque para abordar la globalidad de los procesos sociales.

El conocimiento preciso de sus formulaciones clásicas es lo que permite su crítica y readecuación -cuando ello es posible- a las situaciones presentes. Asimismo, es a partir de ese conocimiento que puede comprenderse la muy abundante producción científica generada durante las dos últimas décadas en el mundo occidental desarrollado y subdesarrollado.

Conectada directa o indirectamente con el materialismo histórico, dicha producción desarrolló y fundó tan variadas disciplinas como: la teoría de la reproducción social desde la cotidianeidad; la nueva antropología cultural; la sociología del poder, el psicoanálisis social; la teoría de la comunicación; la sociología de los medios de comunicación; etc. Todo ello en una permanente crítica a las versiones congeladas de un marxismo positivista que no logró salir de esquematizaciones mecanicistas políticamente determinadas.

Los nuevos desarrollos hunden sus afanosas búsquedas en la reconstrucción teórica de las múltiples mediaciones que explican el sistema de determinaciones al servicio de una globalidad de la realidad social en permanente cambio.

A su vez, este itinerario teórico es el que mejor permite anclar los procesos de investigación en una realidad social profundamente contradictoria como es la nuestra, tomando partido de manera diáfana clara y sin ambages por los intereses sociales mayoritarios de las clases y grupos postergados.

Se rechaza pues, la presunta neutralidad científica y los discursos de difícil comprensión, plagados de galimatías y en ocasiones con matematizaciones innecesarias, que asocian científicidad

con lenguaje de iniciados, escamoteando de esa forma el compromiso explícito con los intereses sociales objeto de análisis.

Este trabajo es apenas la primera formulación de un sistema de conceptos en construcción, que ya se están desarrollando en proyectos de investigación en el Instituto de Teoría y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y en el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

El plan de futuro prevé otra publicación de estas características con aspectos de la urbanización, poco desarrollados aquí, como son las diversas modalidades de la gestión política del territorio, y la naturaleza de la contestación social y cultural de las clases subalternas en la desigual e injusta apropiación del espacio en el capitalismo.

Simultáneamente se irá avanzando en los proyectos de investigación que permitirá ir reajustando la teoría e incrementando el conocimiento científico en el ámbito de los estudios urbanos y regionales.

El trabajo comienza con una formulación del sentido de la ciudad capitalista a la luz de la economía política. A partir de los conceptos fundamentales de condiciones generales de la producción, la renta urbana y el consumo colectivo, se pretende desentrañar el peso específico de la urbanización a nivel de las formaciones sociales capitalistas y su morfología específica.

A continuación, se trae a colación la significación de la teoría de la reproducción social, en la perspectiva del concepto gramsciano de cultura hegemónica.

Partiendo de la base del carácter fundado y propulsor de cultura en las ciudades de las modernas sociedades capitalistas, los mecanismos de la confrontación cultural adquieren suma importancia al interior del espacio urbano.

Ello conduce al análisis de las sociedades disciplinarias, en tanto paradigma de conformación del nuevo individuo -urbano por antonomasia- que la revolución industrial y sus secuelas van a requerir. Sociedades disciplinarias en donde la distribución minuciosa de los espacios es de suma importancia; espacios concentracionarios (hospitales, cárceles, escuelas, fábricas, manicomios, cuarteles) mayoritariamente localizados en las ciudades y que actúan como la materialización de una suerte de ortopedia social.

Habiendo caracterizado a dicha cultura hegemónica -sociedades disciplinarias-, importa destacar la fenomenología de su expresión espacial en las formas urbanas,

Asumiendo a la ciudad como un vasto campo de significaciones, las formas urbanas se presentan como portadoras de lenguajes y mensajes en entredicho, que reflejan las formas históricas de dominación, así como la resistencia de las clases subalternas. Metafísicamente, podría considerarse que dichas formas urbanas son un bajo relieve de la lucha de clases.

Posteriormente se analizan las modalidades de ejercicio y distribución del poder en el específico ámbito urbano. Una suerte de subsistema político que aún siendo dependiente del sistema político nacional, tiene una lógica propia y actores característicos.

Finalmente se efectúa una aproximación de algunos de los conceptos anteriormente vistos, a la realidad particular de la urbanización del capitalismo dependiente latinoamericano, del cual nuestras ciudades uruguayas son también un exponente.

INTRODUCCION

El desarrollo del capitalismo se expresa materialmente en el espacio en que se produce, y por su parte, este espacio induce y promueve dicho desarrollo.

Esta afirmación conduce a verificar cuál es el espacio del capitalismo, y cómo históricamente éste se ha desplegado. Es sabido que la consolidación y expansión del capitalismo coincide (¿determina o está determinada?) con la emergencia de los primeros estados nacionales y por consiguiente con la formación de mercados nacionales que concuerdan con los límites jurídico-territoriales de dichos estados.

Es así que se comienza a producir una parcelación despareja del territorio mundial, en donde las dimensiones de dichos territorios nacionales expresarán alternativa o complementariamente, relaciones de poder entre los estados y manifestarán la preexistencia de culturas más o menos homogéneas, que darán sustento a la conformación de los mercados nacionales y luego a las naciones.

Esta nueva apropiación del territorio al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el signo capitalista tiene múltiples manifestaciones espaciales: comunicación de regiones antes aisladas, nuevo uso del territorio con distintas y más complejas funciones, modificación del paisaje y la naturaleza debido a la apropiación intensiva de ciertos recursos y su sustitución por otros (bosques, cultivos, desvío de los cursos de agua, etc.) son algunos de los fenómenos espaciales que el capitalismo va a promover.

Entre ellos, destaca la aparición de un espacio dominante y central en donde se localizan las principales fuerzas impulsoras del modo de producción capitalista: el espacio urbano.

La ciudad concentra en su interior el desarrollo de las principales fuerzas productivas, y las instancias del poder político que se ejercen hacia la totalidad del territorio. Estas construyen una nueva cultura acorde con el proceso global capitalista y cuyo sentido último, será el de expandir el cemento necesario para la consolidación del nuevo tejido social que se ha comenzado a desarrollar.

Es por ello, que la ciudad y el proceso de urbanización son absolutamente específicos en el capitalismo, y solamente guardan cierta lejana relación con funciones que en épocas anteriores tuvieron que cumplir.

En el análisis teórico, el proceso de urbanización capitalista puede ser observado estableciendo los consiguientes énfasis desde diversos puntos. Admitiendo en términos generales que los procesos materiales determinan a los sociales; o mejor aún, que la forma en que una sociedad produce y se apropia de la riqueza es la que determina las formas sociales que la caracterizan, se pueden destacar tres perfiles para la observación de la urbanización capitalista.

El económico, cuyo énfasis radicará en conocer y formular la función económica de la ciudad capitalista, es decir su aportación como entidad social al proceso productivo.

El político, en donde se observará a la ciudad como el espacio privilegiado de surgimiento y desarrollo de las modernas formas de poder cuya instancia principal es el Estado.

El social y cultural, en buena medida consecuencia de los anteriores, en donde es dable registrar las pautas de comportamiento, los valores morales y las manifestaciones culturales que la ciudad enmarca y hace posible.

Al igual que en todo análisis social, el enfoque desde disciplinas específicas, permite indagar en profundidad aspectos del proceso general, pero limita el conocimiento total de éste. Por ello, aunque resulta demasiado ambicioso, puede ser más fecundo conjuntar los tres puntos de vista y aplicarlos a las secuencias históricas del proceso e urbanización.

Este camino -que es quizás el más coherente con la propuesta marxista- permite revelar el sentido histórico más profundo de los procesos urbanos; conocer su origen, predecir su desarrollo, y -¿por qué no?- intentar modificar su curso.

Otro gran problema que plantea la urbanización capitalista es el de la difícil tensión que se produce entre lo general o universal y lo particular o nacional. El hecho de hablar de una urbanización capitalista, pareciera aludir a un conjunto de fenómenos análogos identificables en diversos tiempos y lugares; como si se tratara de cierta legalidad que rige análogamente a todos los procesos de urbanización.

Evidentemente, este «modelo» tiene cierta realidad. Es factible registrar, en todas las ciudades del capitalismo una serie de invariantes que operan en los tres niveles o puntos de observación referidos (económico, político y cultural).

A pesar de ello, las peculiaridades nacionales le imprimen a cada proceso ciertas características específicas, pues los mismos elementos se combinan en cada formación social bajo la forma de ecuaciones bien diferenciables. Esto no impide, que frente a la sumatoria de realidades nacionales sea posible efectuar ciertos grandes agrupamientos con base en las mayores similitudes observadas.

Es por ello que se había de una urbanización del capitalismo desarrollado y otra del capitalismo dependiente. En esta última, por áreas o regiones se producen sub-agrupamientos: por continentes, con base en el momento histórico en que surge el desarrollo industrial sustitutivo de las importaciones, de acuerdo a modalidades políticas y culturales, etc.

Estos grandes agrupamientos ayudan a comprender las situaciones particulares ya que el pensamiento analógico permite definir las especialidades. Pero de todas maneras, la difícil tensión que más arriba se señalaba, no llega a resolverse ya que nunca se registra información suficiente para

definir con exactitud lo propio y lo general.

Por lo tanto, munidos del conocimiento de los más diversos procesos de urbanización capitalista y de aquellos pocos útiles conceptos teóricos que permiten ser aplicados en cualquier ciudad del capitalismo, el camino más firme es el de intentar reconstruir los procesos históricos en una formación social particular.

Adicionalmente, la sociedad urbana se halla dividida en clases antagónicas cuya lucha imprime al proceso de urbanización un movimiento constante pautado por las relaciones de poder que sucesivamente se entretajan. De ahí que sea prácticamente imposible definir una realidad urbana como hecho social estable y autosuficiente. A reserva que el ritmo de los cambios puede ser muy distinto, estos estarán generándose permanentemente.

Por lo tanto, la urbanización capitalista, lejos de ser un suceso, es un complejo proceso en permanente movimiento en el que hay que desentrañar los cambios históricos más significativos a efecto de conocer los principales períodos y el ritmo de su desenvolvimiento.

1. SENTIDO ECONOMICO DE LA URBANIZACIÓN CAPITALISTA.

1.1. Ciudad y modo de producción

Una de las premisas básicas que se asumen en este trabajo, es que cada sociedad genera sus propias formas espaciales. La ciudad es obra de los hombres como una de las principales formas espaciales y a ellos se debe. Lejos de considerar a las ciudades como entes con vida propia, como hacía el organicismo sociológico, se asume aquí la absoluta subordinación de las formas espaciales al quehacer social (1).

Por ello, la ciudad en el capitalismo va a tener un sentido único y específico, tan particular como el modo de producción capitalista que emerge históricamente. Esto no quiere decir que en la urbanización capitalista dejen de estar presentes componentes no estrictamente capitalistas, que en otras formas urbanas anteriores -o posteriores- adquirieron o adquirirán preeminencia.

Hay una legalidad que explica ese universo urbano aparentemente tan caótico que se manifiesta en la ciudad capitalista. Tal vez esta racionalidad última sea de las más complejas y difíciles de percibir, sobre todo, si se la compara con otras formas urbanas de más diáfano contenido en cuanto a su sentido histórico. Piénsese en la ciudad teocrática pre-hispánica de Mesoamérica, en la ciudad medieval o en las ciudades antiguas del Cercano Oriente, cuyas definiciones espaciales tuvieron una gran continuidad -a los ojos del observador actual- con el orden social al que pertenecían.

En el modo de producción capitalista, la ciudad va a jugar un papel primordial en la definición y reproducción de las relaciones sociales de producción y en consecuencia, en el impulso al desarrollo de las fuerzas productivas.

La urbanización capitalista, lejos de ser la coronación de un proceso evolutivo de desarrollo histórico de las ciudades, obedece a una específica conformación del modo de producción capitalista.

En este modo de producción hay una particular definición del espacio y del territorio, en donde las ciudades ocupan el lugar más relevante.

El origen de la ciudad capitalista, en términos generales se asocia con tres circunstancias que amparan alternativamente su desarrollo:

- alguna herencia urbana generada en modos de producción anteriores, que posibilita su uso refuncionalizado en la nueva perspectiva,
- la proximidad a recursos naturales para cuya explotación se localizan medios de producción y fuerza de trabajo,
- la localización ventajosa en ciertos puntos del territorio que constituyen intersecciones o lugares relevantes en las redes del comercio (2).

En cualquiera de los tres casos (esta dinámica de la urbanización capitalista) se va a encargar de retroalimentar un proceso acumulativo de crecimiento de las ciudades.

Por su parte, esta genealogía fundacional sólo puede ser entendida en el contexto de transformaciones estructurales generadas a nivel de la sociedad global y del espacio rural.

En particular, la existencia del trabajador libre y de capitales cuyo objeto es la transformación industrial de materias primas a través de la contratación asalariada de fuerza de trabajo.

Este nuevo esquema de relaciones sociales de producción encuentra su espacio fundamental de reproducción, en las ciudades. El espacio rural queda progresivamente sometido a la primacía económica de las ciudades, dado que allí es donde se producirán los principales procesos de valoración.

(1) Mumford Sjöberg en su concepción tradicional del urbanismo evolutivo.

(2) Benévolo, L.: "Diseño de la ciudad". Tomo 5; Ed. G Gilli; Chueca Goitia. E: "Breve historia del urbanismo". Sección 8 pág. 165 Ed Alianza Editorial.

Ello no debe de llevar al engaño de concebir una separación, y hasta una oposición entre campo y ciudad. El territorio en su conjunto, se estructura de manera diferencial (espacios urbanizados y espacios rurales) fundiendo como soporte material de la formación social en su conjunto y por consecuencia de la totalidad de las actividades productivas (3). Distribución desigual del espacio que explica la necesaria complementariedad de un sistema que así se caracteriza.

1.2. Centralización y concentración en el espacio urbano

El proceso de urbanización va a estar permanentemente retroalimentado por una serie de tendencias características y propias del modo de producción capitalista.

Una de ellas, es la tendencia a la centralización de capitales. La histórica baja de la tasa de ganancia -movimiento característico del capitalismo- impele a la desaparición de ciertas unidades productivas, y por otro lado, a la unificación de otras. Este proceso de unificación -centralización de capitales- va reconvirtiendo las unidades productivas, disminuyendo su número, pero incrementando su productividad; y en consecuencia los volúmenes de mercancías. De hecho, esta es en buena medida, la historia del pasaje de la fase manufacturera en formas de capitalismo competitivo, a la fase de la gran industria en formas de capitalismo monopólico u oligopólico.

La centralización de capitales no necesariamente se efectúa físicamente en el espacio urbano. En ocasiones el surgimiento de la gran empresa se subdivide en varios puntos del territorio. No obstante, la localización predominante de estas nuevas unidades productivas será la ciudad.

Junto a la centralización, se manifiesta la concentración de capitales. Por ello, se entiende la localización conjunta de los capitales, en la búsqueda y aprovechamiento que dicha localización ofrece.

La concentración permite usufructuar diversas ventajas adicionales:

-la concentración facilita la complementación funcional de las distintas fases de los procesos productivos; la coexistencia en un espacio próximo por parte de las diversas unidades productivas que elaboran los variados insumos de un producto final, favorece la celeridad y sincronización del proceso en su conjunto.

-la atracción y subsiguiente concentración de la fuerza de trabajo (población activa dispuesta a trabajar) favorece en términos ventajosos la contratación asalariada, permitiendo inclusive absorber o expulsar fuerza de trabajo de acuerdo a los ritmos y modalidades del ciclo productivo.

-la concentración de medios de producción y fuerza de trabajo también constituye y expande un mercado consumidor cuya proximidad es asimismo ventajosa.

-finalmente, la ciudad ofrece las denominadas condiciones generales de la producción, que son un factor indispensable y cuya existencia se da predominantemente en las ciudades.

De esta forma es que la ciudad capitalista se presenta como un valor de uso complejo al servicio del capital (4). Valor de uso, porque ofrece una utilidad concreta a las unidades de capital, pero sin valor de cambio, ya que dicha utilidad o ventajas, son aprovechadas «gratuitamente». Es complejo, dado que el tipo de utilidad que ofrece es polifuncional, atendiendo a diversas necesidades. Está el servicio del capital, porque en definitiva esta conformación espacial atiende una cierta forma de producción material con su correlativo proceso de apropiación y distribución desigual del excedente generado.

Esta noción es diferente al de la «ciudad-fábrica» (5). La ciudad es un ámbito mucho más complejo en el que convergen múltiples actividades y en donde la funcionalidad capitalista se registra en la perspectiva global del proceso urbano.

Estos efectos útiles de la aglomeración que se caracterizaban como un valor de uso complejo al servicio del capital, implican la especialización de procesos productivos, en donde la contigüidad física es un valor en sí mismo.

A la concentración de unidades productivas, se le superpone la conformación progresiva de un entramado de actividades y servicios (comerciales, bancarios, gubernamentales, etc.) que coadyuva al proceso productivo en su conjunto y que a su vez empuja el crecimiento físico y social de las ciudades.

(3) Castells, M.: "La cuestión urbana", pág. 472. Ed. Siglo XXI.

(4) Topalov, C. "La urbanización capitalista". pág. 17. Ed. Edicol.

(5) En este concepto, se reduce mecánicamente el sentido histórico de la ciudad capitalista al de una gran fábrica. Entre sus formulaciones contemporáneas, se cuenta Toni Negri, conocido ideólogo de las "Brigadas Rojas" italianas.

1.3. Las condiciones generales de la producción

Uno de los elementos más importantes y característicos de la urbanización capitalista, son las denominadas condiciones generales de la producción. Por tales se entiende al conjunto de servicios y sus respectivos soportes físicos, que hacen posible al proceso productivo en su conjunto. Se dividen en condiciones generales de la producción en sentido estricto, y, condiciones generales de la reproducción de la fuerza de trabajo (6).

Entre las primeras se puede identificar a:

- energía eléctrica y sus redes de conexión
- drenaje
- estructura vial
- agua potable con sus redes de distribución

Entre las condiciones generales de la reproducción de la fuerza de trabajo se cuentan:

- servicios educativos con sus edificaciones
- servicios de salud con sus edificaciones
- servicios de recreación con sus soportes físicos
- servicios urbanos (alumbrado, recolección de basura, etc.)
- vivienda en sus diversas modalidades.

Como puede apreciarse la división es un tanto arbitraria dado que varias de estas condiciones atienden simultáneamente a la fuerza de trabajo y a la producción (por ej. electricidad, agua potable, drenaje, etc.). Asumiendo que el concepto de producción incluye como una de sus fases el consumo, es que ambas modalidades pueden fundirse.

Como se observa, componen lo fundamental y más característico de la estructura física de las ciudades. Todos estos elementos también se hallan en el resto del territorio, pero la característica es que en las ciudades se presentan con un alto grado de concentración. La ciudad sería ante todo un condensado de estos servicios, los cuales atraerían en un permanentemente proceso de realimentación, a las diversas actividades productivas de tipo industrial y a sus servicios complementarios. Estas condiciones generales tienen la particularidad de ser un requisito indispensable para el conjunto de unidades productivas existentes, no obstante ninguna empresa capitalista individualmente considerada está en posibilidades de generarlas. Se trata de una necesidad socializada por los agentes productivos, sin que ellos por sí mismos puedan darle satisfacción.

Ello presenta pues, la principal contradicción característica de la ciudad capitalista. Desde que esta surge, dicha contradicción se manifiesta, adquiriendo mayor o menor virulencia dependiendo del tipo de formación social en cuestión y de la circunstancia histórica.

De hecho, esta es una expresión de otra contradicción más general: la necesaria socialización del espacio urbano, enfrentada a la apropiación privada del mismo.

La vida urbana en sí, tanto en lo referido a las actividades productivas como en lo concerniente a la cotidianidad de la existencia, connota múltiples y expansivos usos sociales -no individuales- del espacio; esta circunstancia de hecho, va a estar permanentemente enfrentada a la apropiación privada y a la mercantilización de las relaciones sociales en donde bajo esa lógica el individuo es el principal protagonista reconocido.

La resolución siempre parcial y conflictiva de esta contradicción, está a cargo del Estado, quien arrogándose la calidad de agente exógeno produce directa o indirectamente el conjunto de infraestructuras físicas y servicios que más perentoriamente van pautando el proceso de acumulación capitalista.

1.4. El consumo colectivo de las mayorías urbanas

En este contexto, las mayorías sociales de la ciudad -asalariados activos o potenciales- se enfrentan a otra dificultad de tipo estructural:

El salario en tanto precio de la fuerza de trabajo, sólo permite la reproducción biológica inmediata del trabajador (alimentos, indumentaria, alquiler de vivienda, etc.).

Una cantidad muy importante de necesidades sociales no van a poder cubrirse con el salario; servicios educativos, servicios de salud, ciertas modalidades de recreación, la adquisición de ciertos bienes de consumo durable, etc. Históricamente estas sólo pueden ser satisfechos en un proceso de permanente cambio (de manera parcial) a través de un doble mecanismo: la intervención estatal y la socialización de las formas de consumo, mejor conocidas como consumo colectivo (7).

(6) Topatov, C.: Op. cit, pág. 25.

(7) Lojkin, J.: «El marxismo, el Estado y la cuestión urbana», pág. 114, Ed. Siglo XXI.

El Estado, mediante los recursos fiscales se encarga de financiar buena parte de estas necesidades. Debe recordarse, que estos son captados de la totalidad de la sociedad, con lo cual, las mayorías asalariadas a través de los tributos que ellas también deben efectuar, autofinancian estos gastos. Sabido es que las formas de tributar, rara vez son directamente correlativas a la magnitud de la riqueza que los diversos grupos sociales poseen. Esto aún se agrava más en los últimos años, en donde por «facilidad» de captación fiscal, los tributos más extendidos son los que gravan al consumo.

Mediante estos recursos el Estado irá históricamente financiando las condiciones generales de la producción y de la reproducción de la fuerza de trabajo, entre las que surgen los servicios educativos, de salud, y las formas de financiamiento público de vivienda.

La erradicación de enfermedades y la ampliación de la esperanza de vida, son también requerimientos del proceso de acumulación capitalista ante la posibilidad de un agotamiento y disminución consecuente de la fuerza de trabajo en activo, con los negativos efectos que ello puede generar en el proceso productivo, entre los que cabe destacar su aumento de precio.

Cuando la población trabajadora es un bien abundante, los servicios de salud no interesan demasiado: la elevadísima mortalidad infantil y baja esperanza de vida de la mayoría de los países tercermundistas en el actual contexto de desarrollo de la medicina, refleja la indiferencia del modo de producción en situaciones de superabundancia de población.

La educación también cumple funciones de integración social y cultural en la perspectiva de la unidad y cohesión nacional. Pero asimismo se presenta como un requerimiento estructural de la calificación de la fuerza de trabajo, correlativo al desarrollo de las fuerzas productivas, las que van pautando la necesidad de un trabajador (tanto en la industria como en los servicios) que posea nuevos y diferentes conocimientos.

En el caso de la vivienda, la intervención estatal se da de manera directa y de manera normativa. Directamente, el estado interviene produciendo (por sí o mediante empresas privadas captadas con fondos públicos) viviendas para los trabajadores. Esta oferta siempre es muy reducida respecto a la magnitud de la demanda, y en buena parte termina orientándose a grupos de ingresos medios o a aquellos trabajadores mejor organizados y con mayor peso relativo en la economía.

A nivel nominativo, el Estado interviene con regulaciones del alquiler, mediante las cuales, dependiendo de las circunstancias históricas, atiende más o menos los intereses sociales mayoritarios de las masas asalariadas (8).

En estas intervenciones estatales es importante destacar, que además de atender a una necesidad de consumo, es muy relevante la forma cómo esta se realiza, ya que en ello hay opciones culturales y políticas que también alimentan los fines últimos del proceso de acumulación. La forma interior y exterior de la vivienda, así como su localización, el contenido de los procesos educativos o los énfasis en materia de salud no son casuales: se articulan con concepciones más generales, de las que con frecuencia no son plenamente conscientes los propios protagonistas.

La otra forma de dar satisfacción a las necesidades de consumo no cubiertas por el salario, es mediante la socialización de las prácticas que se refieren a dichas necesidades de consumo.

La educación de los niños, el cuidado de los niños, de los enfermos o de los ancianos; la adquisición y preparación de alimentos; la confección y arreglo de la indumentaria; la construcción o mantenimiento de la vivienda; la recreación, etc., encuentran en el esfuerzo propio y la ayuda mutua solidariamente practicada, modalidades históricas de satisfacción de esas necesidades básicas.

1.5. Las diversas formas del consumo colectivo

Estas formas de consumo colectivo se practican en la ciudad capitalista a la luz de las siguientes tipologías:

- consumo privado y consumo socializado
- consumo mercantilizado y consumo no mercantilizado (9).

La primera tipología se refiere al ámbito social donde se practica el consumo. A nivel privado, es la familia nuclear compuesta sustancialmente de los cónyuges y sus hijos. El consumo socializado es aquel que se desempeña a nivel de la familia extensa o inclusive a nivel de la comunidad de vecinos en el espacio barrial inmediato.

La caracterización en base a la mercantilización o no, alude a la adquisición monetaria-mercantil o a modalidades de intercambio no mercantiles fundadas en la solidaridad, el afecto u otras consideraciones de esa naturaleza.

La tendencia histórica en la urbanización capitalista es la estructuración del consumo colectivo en formas privadas y mercantilizadas. Si bien ello en su totalidad es un imposible histórico, Las grandes ciudades del capitalismo desarrollado ofrecen un panorama bastante próximo a esa tendencia, abarcando a importantes sectores sociales.

(8) Portillo, A.: "El arrendamiento de vivienda en la ciudad de México", pág. 22. Ed. VAM. Iztapalapa.

Los ámbitos de la pobreza urbana generalizada que caracterizan a las grandes metrópolis del capitalismo subdesarrollado, ofrecen una abigarrada y extendida presencia de consumo socializado y no mercantilizado en tanto estrategia de subsistencia de vastos contingentes sociales. En esta fenomenología de formas de consumo surge la crítica y contradictoria condición de la mujer. Originalmente encargada del trabajo doméstico -obviamente no remunerado- en la perspectiva de la reproducción biológica de la familia, es llamada económica y culturalmente al mundo de los asalariados.

Con ello pasa a ser objeto de un triple mecanismo de explotación:

- en la unidad doméstica, por su aportación de trabajo no remunerado,
- en la unidad laboral, es sujeto de explotación por vía de la extracción de plusvalía, al igual que el resto de los trabajadores,
- a su vez, laboralmente la condición femenina la posterga en una relación desigual con el trabajador hombre (descalificación del trabajo femenino, menor protección sindical, etc.).

De todo lo anterior se desprende la profunda falsedad de la perspectiva clásica y neo-clásica de la economía, donde se sitúa al consumo como una actividad pasiva, casi placentera. Lejos de ello, el consumo es trabajo, y nadie mejor que las mayorías, urbanas lo saben cuando se ven enfrentadas a las múltiples y desgastantes actividades que permiten acceder al consumo básico indispensable. Trabajo pues, que nadie remunera pero que hace posible que a la hora señalada el trabajador se presente en su lugar de trabajo, alimentado, bien dormido, limpio, con conocimientos a aplicar en el proceso de trabajo y con buena salud que permita a su cuerpo sincronizarse a la función asignada.

1.6. La expresión espacial de las relaciones sociales

Esta racionalidad económica de la ciudad capitalista tiene una específica expresión que se manifiesta en las formas urbanas. Más allá de la dimensión de las apariencias, en donde esta ciudad da la impresión de una mezcla total de funciones y usos caóticamente desplegados, existen una serie de constantes espaciales que se repiten en esta modalidad histórica de urbanización.

De acuerdo a las explicaciones de la economía clásica, el elemento ordenador de actividades y localización en la ciudad sería la famosa «mano invisible» del mercado. En realidad la incidencia del mercado es una consecuencia, un efecto que no explica la racionalidad última.

Es la renta del suelo la que en última instancia orienta las diversas localizaciones. Ella consiste en un precio que debe abonarse por un objeto sin valor (ya que no ha sido producido) y cuyo fundamento radica en la existencia del derecho de propiedad.

La propiedad es una relación de dominio que consagra la posesión por parte de algunas personas con respecto a ciertos objetos, en este caso, parcelas urbanas.

De manera que esta apropiación privada del suelo trae aparejada la exigencia en dinero a nuevos poseedores que deseen localizar su residencia o actividades. A su vez, dicho precio no es uniforme ni permanente; sufre múltiples variaciones de acuerdo a la mayor o menor importancia de las parcelas al interior del perímetro urbano. Esta relevancia de los terrenos estaría dada por muy diversos factores: proximidad a ciertas actividades u obras viales, elementos del paisaje urbano, extracción social de residentes en el área, características físicas del terreno (pendientes, calidad del suelo, etc.), posibles usos futuros a implantarse, etc.

Es así que esta relación social -la propiedad privada del suelo- lo es en la medida que (a diferencia de como lo enuncian las normas jurídicas), el propietario no se «relaciona» con el objeto, sino con otros individuos que deben reconocer su título de propietario. No es humanamente posible relacionarse con objetos inanimados; sólo la ideología lo concibe de esa forma (10).

La renta del suelo, consagrada por la propiedad, ordena la localización de las funciones y de las diversas clases sociales al interior de la ciudad.

Las principales funciones de la ciudad capitalista (industria, comercio, servicios, habitación) se van a ir desplegando en el territorio con un criterio de máxima utilidad al servicio de la rentabilidad de los inversores privados. Ello conduce a un aprovechamiento diferencial de las localizaciones más ventajosas por parte de las fracciones del capital políticamente hegemónicas y económicamente determinantes.

La apropiación del centro urbano por el capital financiero, las estratégicas ubicaciones de los comercios más importantes, la localización industrial más útil en función a la proximidad de vías de comunicación o abastecimiento de insumos, etc., expresa esta capacidad diferente de acceso al espacio urbano.

En los intersticios del entramado así estructurado se localizan diferencialmente las diversas actividades y grupos sociales ocupando los lugares correlativos a su ubicación en la jerarquía social y a su capacidad económica de negociación.

En buena medida, esta diferencial ocupación del espacio urbano es característica de los diversos tipos históricos de ciudad. La división social del trabajo y su correlativa jerarquía, siempre estuvieron expresadas en las formas urbanas.

(9) Topalov, C.; Op. cit.

(10) Portillo, A.: "Notas para una crítica a la Teoría General del Derecho". Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. No. 101, julio - setiembre de 1980. Pág. 197.

La ciudad capitalista ofrece una particular forma de urbanización donde una de las características es la zonificación de funciones en la búsqueda de complementariedad de procesos productivos y actividades de servicio. Mediante esta zonificación se da una propensión a la localización contigua de ciertas funciones, con usos claramente dominantes.

A su vez, otra característica (a veces no muy claramente perceptible) es la segregación espacial de las clases sociales. Se da la paradoja de una búsqueda de proximidad en procesos productivos y actividades de servicios, pero una marcada expulsión asignando distancias entre las clases sociales.

La igualdad formal de los ciudadanos, que jurídicamente permite comprar cualquier sitio en la ciudad, en los hechos no funciona, ya que la capacidad económica de pagar ese espacio es profundamente desigual, determinando que sólo una minoría elija su localización y que el resto sólo tome lo poco que queda a su alcance.

Este ordenamiento que plantea la urbanización capitalista en ocasiones vértebra íntegramente desde su surgimiento la totalidad del espacio urbano, imprimiendo a las formas espaciales esas características desde sus orígenes.

En otras ocasiones, ocurre que ciudades que surgieron bajo la lógica de anteriores modos de producción se reconvierten al servicio de la nueva racionalidad.

Ello hace que los nuevos agentes sociales se aprovechen de una herencia urbana que se expresa en la preservación de una estructura edilicia pero con nuevas funciones. Antiguas mansiones que se subdividen multiplicando la oferta de vivienda a sectores populares, edificios que incorporan servicios antes inexistentes o débilmente desarrollados, o espacios públicos que modifican sus usos predominantes.

Por su parte, la morfología de la urbanización capitalista exhibe una expansión horizontal ilimitada, como consecuencia del movimiento de concentración de medios de producción y fuerza de trabajo que conduce a un constante crecimiento social de las ciudades. Un tipo histórico de «ciudad abierta» que avanza sobre su territorio circundante en un esquema de poblamiento en ocasiones alucinante, reuniendo millones de personas en espacios metropolitanos e inclusive megalopolitanos.

Esta definición morfológica así determinada, poco tiene que ver con las explicaciones que durante tantas décadas la sociología urbana de la Escuela de Chicago había formulado. Toda su propuesta explicativa de espacios concéntricos a través de los cuales se distribuyen las funciones urbanas no solamente no se corresponde con la realidad observable, sino que tampoco proporciona una comprensión del porqué de las formas urbanas modernas.

Subproducto del organicismo sociológico y del estructural-funcionalismo, los trabajos de la Escuela de Chicago describieron mal las realidades, objeto de estudio, y escamotearon la naturaleza de los procesos socioeconómicos que continúan empujando el desarrollo de las ciudades capitalistas.

Asimismo, estas corrientes sociológicas, muy emparentadas con las premisas que el CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) va a establecer con respecto a las formas urbanas, registrarían otro aspecto cuyo tratamiento parcial les impedirá comprender su sentido último: la movilidad de bienes y personas propia de las ciudades modernas.

Dejándose llevar por la superficial fenomenología del movimiento, dichas teorías formularon metáforas analíticas de tipo organicista, como la comparación de las ciudades con panales de abejas, en cuyo interior los individuos viven en un constante movimiento al servicio del todo (11).

1.7. Una nueva noción del espacio y el tiempo que se expresa en las formas urbanas

La movilidad encuentra su explicación última en otra noción igualmente abstracta a la de espacio, y análogamente clave para comprender los procesos sociales de la urbanización capitalista: el tiempo. Espacio y tiempo son dos magnitudes complementarias e insoslayables para el análisis de la ciudad capitalista.

El tiempo de trabajo, básicamente, es el elemento fundamental para comprender la naturaleza de la mercancía y la teoría del valor. Considerando al capital en tanto unidad en su proceso de rotación, el tiempo también asume un papel fundamental. Tiempo de producción más tiempo de circulación, componen el tiempo de rotación del capital (12).

Ello supone que en el tiempo de producción está incluido el proceso de trabajo, más todos los otros tiempos posibles que cada rama de la producción agrega a los procesos de trabajo, e inclusive, las contingencias que se puedan crear antes de superar la esfera de la producción.

En el tiempo de circulación es que se va a estar operando el pasaje del capital mercancía, al capital dinero. En este período se incluye el proceso de venta de las mercancías (almacenamiento, las ventas parciales, el transporte, etc.).

El tiempo que mide la cantidad de trabajo existente en la mercancía es la hora. El tiempo que mide la cantidad de horas que proporciona la fuerza de trabajo, es la jornada diaria. El tiempo que mide la rotación del capital es el año.

(11) Theodorson, G. A.: «Estudios de ecología humana». Tomo I. Pág. 69. Ed. Labor.

(12) Marx, K.: «El Capital». Tomo II. pág. 136. Ed. FCE.

He aquí una fragmentación del tiempo, históricamente revolucionaria que subdivide las vidas individuales y los procesos sociales en horas, días y años, y sus sub-múltiplos. A reserva de todas las implicaciones culturales que ello tiene y que más adelante se observarán, lo que ahora interesa destacar es que en este contexto temporal, el objetivo principal es el uso del menor tiempo posible (de producción, de circulación, de rotación del capital).

Con ello se arriba a la movilidad y a la gradual mayor velocidad que a ella se le imprime en los traslados que suponen la rotación del capital. Traslados en sentido amplio, que suponen los movimientos de las mercancías, los servicios que para ello se instauran (transportes, crédito, propaganda, etc.) y los traslados de esa mercancía mágica, que en el capitalismo «genera valor», que es la fuerza de trabajo.

Todos estos procesos temporalmente medidos, que se expresan en la movilidad, se manifiestan en todo el territorio nacional e inclusive a escala del mercado mundial: piénsese en la transportación de mercancías por tierra, mar y cielo, los flujos de fuerza de trabajo migratorio. La aparición del automóvil implica una respuesta a esta necesidad de velocidad circulatoria. Su generalización pone de manifiesto la contradicción entre el uso privado del automóvil y la necesidad de un uso social de la vialidad y los medios de transporte. La imposibilidad de superar en términos capitalistas esta contradicción, la dificultad de un uso fluido y veloz de la traza vial, promueve usos más riesgosos pero más rápidos. La elevada inversión para el uso circulatorio (trenes subterráneos) del subsuelo urbano, implica que cuando ello ocurre, sea para atender los requerimientos del transporte colectivo, es decir de las mayorías urbanas.

1.8. Evolución histórica de las formas de consumo colectivo

En otro orden de cosas, la evolución que sufren las mencionadas formas de consumo colectivo, hace que jueguen un papel fundamental para el desarrollo de las ciudades, ya que estas prácticas sociales involucran a la gran mayoría de sus habitantes.

La circulación de mensajes radiales, televisivos y por otros medios eléctricos y electrónicos, en las ciudades se expresa de manera más intensa, pues la concentración de medios de producción y fuerza de trabajo, hace que se intensifiquen.

Desarrollo de medios de comunicación de bienes y personas, y de mensajes, así como sus soportes físicos, coadyuvan para incidir en la traza urbana, destacando cada vez más a la vialidad e imponiendo en los individuos la presión del tiempo en la urgencia de los desplazamientos, paradójicamente cada vez más prolongados por obra del crecimiento de la propia ciudad.

En tiempos de la unidad familiar ampliada y del auge de las formas de consumo socializadas, la vivienda obrera va a expresar la plena vigencia de las unidades barriales con todo su fuerte componente de consumo colectivo, vía un vasto conjunto de mecanismos de ayuda mutua (intercambios de servicios, cuidado de niños y enfermos, uso colectivo del espacio público para el tendido de ropa, la recreación o el cuidado de animales domésticos, etc.).

Complementariamente coexistían instancias de organización colectiva para el consumo como sindicatos, uniones, cooperativas que coadyuvaron a sobrellevar las brutales insuficiencias en el consumo que en esa fase histórica van a estar planteadas.

En este cuadro, también va a incidir la estructura del comercio. Este comercio, que atiende las formas de consumo mercantilizadas de las clases populares, está expresado en múltiples pequeñas unidades especializadas por líneas de productos que se insertan en la unidad barrial.

En esta fase primaria de la ciudad capitalista, la zonificación ya empieza a quedar clara, pero las zonas habitacionales de las clases populares yana estar estructuradas a partir de este esquema de unidades barriales.

El desarrollo del capitalismo y el subsecuente desarrollo urbano con la mencionada evolución de las formas de consumo, incrementará la zonificación y la segregación conjuntamente con la expansión de la mancha urbana.

La intervención estatal en la realización de las condiciones generales de la producción, y particularmente en la reproducción de la fuerza de trabajo, va a contribuir a la separación física de las funciones urbanas (por decisiones puntuales o mediante planos reguladores) y progresivamente se irán constituyendo «ciudades dormitorios» por vía de nuevos fraccionamientos o directamente mediante voluminosos conjuntos habitacionales.

Como es de suponer, esta evolución implica alejamiento de los lugares de trabajo, mayor tiempo de transportación, incremento de la vialidad y el automóvil propio, lejanía de los servicios comercio, educación, recreación) y lo que es más significativo, destrucción de la unidad barrial en tanto espacio de convivencia, consumo colectivo, intercambio social y afectivo y espacio de recreación. Es la consumación de la «impersonalidad» de la ciudad contemporánea, urbanísticamente deshumanizada y socialmente orientada hacia un cada vez más marcado encierro en el individuo.

También se produce un importante cambio en la estructura del comercio, con la instauración y generalización de los supermercados y centros comerciales en tanto emporio del consumo múltiple, sustituyendo al pequeño comercio.

Especialmente, ello trae aparejado el alejamiento de la vivienda del lugar donde se adquieran las mercancías, con la ya mencionada necesidad de nuevos y más prolongados desplazamientos.

Esta nueva estructura del comercio es correlativa al incremento social de las formas de consumo mercantilizadas; es decir, supone que el trabajador adquiere monetariamente un conjunto de nuevos artículos de consumo que antes no existían o de los que prescindían.

Este «consumismo», expresa en buena medida a expansión del capitalismo en cuanto a sus posibilidades productivas; es el crecimiento inaudito del «arsenal de mercancías», que ya no solamente se ofrecen a los estratos medios y altos, sino a la totalidad de la sociedad. La aparición y generalización de los denominados bienes de consumo duradero (automóvil, refrigerador, lavarropas, televisor, etc.) contribuye y en buena medida hace posible la modificación de las formas de consumo (piénsese solamente en las posibilidades de conservación doméstica de alimentos que introdujo el refrigerador).

En las áreas metropolitanas del capitalismo dependiente, los procesos mencionados en referencia a la reproducción de la fuerza de trabajo y su expresión espacial, se ven enriquecidos con una serie de particularidades, sin perder vigencia.

En líneas generales, la urbanización del capitalismo dependiente plantea una estratificación social, mucho más categórica, por lo tanto en las formas de consumo y en su expresión espacial.

La mencionada evolución histórica de las formas de consumo de las clases mayoritarias en el capitalismo dependiente, solamente involucra a las clases medias y altas, y a un porcentaje minoritario de la fuerza de trabajo en activo.

Un importante contingente social queda excluido de las nuevas formas de consumo (privadas y mercantilizadas). Por ello debe intentar subsistir con los tradicionales dispositivos de la ayuda mutua y la familia ampliada.

En cierto tipo de necesidades sociales estrictamente urbanas (vivienda y sus servicios básicos, electricidad, agua potable y drenaje), las carencias involucran con frecuencia a una mayoría de la población urbana que debe prescindir del servicio, o bien proveérselo con sus propios medios. Ello ocurre inclusive con trabajadores industriales y asalariados del sector de servicios, que a pesar de recibir una remuneración con carácter regular y a veces superior al salario mínimo, no les alcanza para cubrirlos. Por eso es que se ha afirmado con razón, que en el capitalismo dependiente la marginalidad urbana es superior a la social (13).

Este cuadro social se ve expresado en las áreas metropolitanas del subdesarrollo, ciudades con acelerado crecimiento demográfico -social y natural- y en rápida expansión horizontal. Configuran un esquema de segregación urbana, social y cultural, en lo que a servicios se refiere, en lo relativo a las clases que habitan los espacios, por las prácticas y hábitos que se manifiestan en los diversos estratos.

Finalmente, lo que debe destacarse es que estas disparidades en el consumo, con todas sus representaciones espaciales, sociales y culturales, es una consecuencia directa de la realidad salarial, es decir, de la forma histórica como se adquiere la fuerza de trabajo.

Por eso, no se debe perder de vista la razón última de esta compleja y equívoca fenomenología urbana en el capitalismo, en cuanto a su vinculación estrecha con el modo de producción, y en particular su funcionalidad al respecto. La caracterización de la ciudad capitalista como un valor de uso complejo al servicio del capital, puede parecer exageradamente economicista y hasta parcial en la consideración exclusiva del aprovechamiento capitalista de la aglomeración urbana.

No obstante, dejando consignadas todas las relativizaciones y mediaciones correspondientes, efectivamente la urbanización capitalista es una forma espacial que es condición necesaria, aunque no suficiente, para el desenvolvimiento de las relaciones sociales de producción capitalistas.

2. REPRODUCCION SOCIAL, LA CULTURA HEGEMONICA Y LA CIUDAD

2.1. El Estado como factor fundamental de la reproducción social

Económicamente caracterizada, la urbanización también va a ser causa y consecuencia de otros aspectos inherentes al desarrollo capitalista, pero vinculados al proceso civilizatorio que éste emprende: el gran ámbito de la reproducción social, es decir, la reproducción de las relaciones existentes de producción (14).

Es sabido, que toda sociedad en todo momento histórico, necesita de cierta «inercia» que haga posible el despegue y la estabilidad de las relaciones de producción, o sea, los procesos de trabajo que hacen posible la generación de riqueza.

(13) Castells, M.: "Capital multinacional, estados nacionales, comunidades locales". Pág. 29. Ed. Siglo XXI.

(14) Balibar, E. y Althusser, L.: "Para leer El capital". Pág. 277. Ed. Siglo XXI.

Para verlo con algunos ejemplos, en el capitalismo es indispensable que los obreros lleguen diariamente a trabajar a sus fábricas, las mujeres cocinen y limpien las casas, los niños concurren a la escuela, los alimentos se ingieran a las horas establecidas, se duerma por la noche, etc. Un conjunto de actividades que los individuos las desempeñan casi automáticamente sin detenerse a analizar la naturaleza y proyección de sus actos. Como se decía, esto es propio de cualquier sociedad, lo que cambia históricamente es el tipo de actividades que los hombres realizan y los fundamentos esgrimidos para su realización.

Por ello en la reproducción social va a haber dos grandes ámbitos que la harán posible, y que en el capitalismo así ocurren: por una parte, la reproducción (simple o ampliada) de los medios de producción y de la fuerza de trabajo en atención al desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, los grandes procedimientos vinculados con la generación de bienes materiales.

Por otra parte, va a existir un «impulso» que subjetivamente hará posible que los individuos cumplan las actividades históricamente necesarias para hacer posible la reproducción social.

La reproducción social en el capitalismo, requiere de un proceso de imposición cultural por parte de las clases dominantes, cuyo sostenimiento y desarrollo depende del logro de un estado de equilibrio entre las clases en pugna.

Este proceso de imposición cultural va a tener un agente promotor de primer orden -más no el único- en el Estado. Mediante el sistema educacional institucionalizado, pero también a través de muchísimos otros dispositivos históricamente cambiantes, el Estado velará por la preservación de una dirección cultural de la sociedad en su conjunto.

Asimismo, lo cultural estaría representando una muy marcada autonomía relativa en el sentido de que no es ni absolutamente independiente respecto de las estructuras, los conflictos y las transformaciones sociales, ni tampoco está totalmente determinado por esos factores.

- Un hábito social cuya internalización lo convierte en «información somatizada» y que posee una cierta consistencia psico-social que lo hace refractario a cambios bruscos y repetidos, generando así, una tendencia a la reproducción de tal cultura.

Habría un triple fundamento de esta autonomía relativa expresado en:

- Una dimensión objetiva/factual que se actualiza en prácticas, objetos y discurso socialmente compartidos que le brinda a cualquier sistema cultura una cierta autonomía y continuidad.
- Una dimensión material/institucional, donde existe de manera codificada, cristalizada en agencias de socialización no necesariamente especializadas, donde el individuo «aprende a ser social» (15).

2.2. Emergencia histórica y preservación de la cultura hegemónica

En el proceso de imposición cultural, con las características señaladas y que el Estado promueve, está plagado de vallas y contrincantes que históricamente impiden su plena puesta en práctica. En la médula de este designio, está la ideología dominante que consiste en un «informe y explicación» de la sociedad y el devenir social, al servicio de una determinada concepción del mundo y de la vida.

Las vallas y contrincantes que impiden su total aceptación van a ser expresiones culturales contradictorias o disfuncionales a la cultura que se busca imponer. Por ello es que se hablará de cultura hegemónica y culturas subalternas. Estas últimas serán manifestaciones más o menos embrionarias de nuevas ideologías representadas en correlativas prácticas culturales, o bien, permanencias del pasado que no acaban de extinguirse y que se enfrentan a la cultura hegemónica. Esto último, políticamente -tomando como referencia el cambio social- puede tener un sentido progresivo, conservador o incluso reaccionario.

La forma de indagar las manifestaciones de la cultura hegemónica y las subalternas varían. Desde el punto de vista de las huellas o testimonios, la cultura hegemónica es muy rica y en el curso de los años (inclusive cuando la sociedad que le ha dado nacimiento desaparece), preserva los documentos de su existencia -desde ruinas hasta escritos-.

Por su parte, rastrear las culturas subalternas es mucho más difícil ya que son pocas sus huellas imperecederas. En las sociedades contemporáneas implica necesariamente una «investigación participante» que permita a través de vivencias concretas captar y descodificar su existencia.

El espacio urbano es el ámbito principal de despliegue y contestación de la cultura hegemónica. En la medida que el capitalismo impulsará en la ciudad los procesos fundamentales de desarrollo de las fuerzas productivas, en su interior se vivirán con mayor intensidad los procesos políticos y culturales correlativos a las relaciones de producción.

Ello ha conducido a la gran confusión de buena parte de la sociología moderna, al hablar de una categoría específica; la cultura urbana. Al respecto, la crítica de M. Castells a esta corriente es absolutamente válida: no hay tal cultura urbana, lo que existe es la cultura burguesa (16).

(15) González Sánchez, J.: «Sociología de las culturas subalternas», pág. 32. Ed. VAM. Xochimilco. Cuadernos del TICOM.

(16) Castells, M.: «La cuestión urbana», pág. 95. Ed. Siglo XXI.

En el capitalismo emerge una cultura históricamente nueva -que primero es subalterna y luego hegemónica- que territorialmente acompaña la localización de las fuerzas productivas (medios de producción y fuerza de trabajo) por lo que surge en las ciudades y de allí se irradia a todo el territorio nacional, y en general al mercado mundial, en un proceso de continua expansión.

Culturalmente, el capitalismo urbaniza a la humanidad. Ello también tiene un referente demográfico, expresado en una tendencia cada vez más aguda a la urbanización de la población como consecuencia de las subsecuentes migraciones del campo a la ciudad. Paradojalmente el capitalismo cumpliría el viejo aforismo romano «urbis et orbe».

Sin embargo, los procesos culturales del capitalismo adquieren cierta especificidad en el ámbito urbano, dada fundamentalmente por la mayor intensidad y difusión con que se realizan. Es esta particularidad la que ha motivado a seguir hablando de «cultura urbana».

Pero la ciudad no es exclusivamente el escenario principal en el que surge y se extiende la cultura burguesa. Allí también coexistirán aparatos estatales específicos con funciones y atribuciones genéricamente englobadas bajo el nombre de urbanismo, que contribuyen muy especialmente a consolidar la ideología dominante, y en consecuencia a edificar trabajosamente, pero sin pausas, la hegemonía política.

En el contexto de estas particularidades con que la cultura burguesa va a desplegarse en la ciudad, es que pueden registrarse una serie de procesos típicamente urbanos que estarán coadyuvando a la construcción y preservación de dicha hegemonía política.

2.3. La disciplinarización de la sociedad en el nuevo entorno cultural.

Siendo tan importante el proceso de imposición cultural, en tanto factor de cohesión social, conservación del orden constituido y promotor de las relaciones sociales de producción capitalista, es fundamental hurgar en la genealogía o conformación histórica de la mencionada cultura hegemónica. Indagar la genealogía de estos procesos culturales -con la necesaria retrospectiva histórica que ello implica es la única forma que hace posible comprender su desarrollo y el estado actual en que se manifiestan.

Con frecuencia se han pensado cambios revolucionarios, ligados a las estructuras económicas, pero sin considerar los mecanismos culturales vigentes y a partir de ello pensar su alternativa. Tal vez por eso es que en el presente se visualicen algunos fracasos de revoluciones triunfantes del siglo XX. Al considerar a la ciudad como uno de los principales escenarios de la cultura hegemónica en el capitalismo y hasta como un activo portavoz de dicha cultura, corresponde rastrear algunos de los principales factores que permitieron forjar este estado de cosas.

A partir del siglo XVII comienza a desarrollarse en el mundo occidental una especie de “revolución cultural” cuyos efectos plenos, prácticamente se generalizarán en el siglo XX. El espacio de este proceso va a ser Europa Occidental y parte de su periferia geográfica, es decir, lo que en esa época eran sus colonias ultramarinas. Por lo tanto, es el espacio en el que ya está presente y en pleno desarrollo el capitalismo mercantil y en donde surgirá y adquirirá su principal impulso el capitalismo industrial.

Esta revolución cultural va a introducir modificaciones radicales, entre las que pueden destacarse principalmente tres:

- Una nueva forma de pensar o «episteme» que redefinirá el pensamiento y la teoría, permitiendo un nuevo y más intenso acopio de información acerca del hombre y la naturaleza.
- Una nueva forma de ejercer el poder.
- La conformación de un nuevo individuo; es decir una redefinición de los hombres en cuanto a lo que son y lo que deben hacer, que al estar muy vinculada a las nuevas fortunas de poder emergentes, va a tener particular énfasis en reconocer el cuerpo humano bajo los nuevos designios (17).

Estos cambios, que en el siglo XVII empiezan a ponerse en práctica, a ensayarse, a corregirse, a reinventarse, son en buena medida el desarrollo de un largo conocimiento acumulado desde la antigüedad y que en el difícil período de la Edad Media supieron atesorarse y practicarse fundamentalmente en los conventos y órdenes religiosas. A partir del siglo XVII emergen autofecundándose, y en todas sus modalidades y manifestaciones cumpliendo un profundo designio histórico de conformar un nuevo individuo. Se trata del nuevo individuo -o la nueva sociedad- que un siglo después va a posibilitar la revolución industrial.

Para hacer posible este nuevo individuo, sujeto activo y pasivo del poder que se está acuñando, pueden detectarse dos grandes factores que van a estar accionando este cambio: por un lado, un conjunto de diferentes prácticas sociales que pueden aglutinarse bajo la denominación de *disciplinas*, y por otro, una serie de nuevos mecanismos de corrección que harán posible la imposición de dichas disciplinas, los *medios de encausamiento*.

(17) Foucault, M.: “Vigilar y castigar”, pág. 139. Ed. Siglo XXI

El objetivo principal de las disciplinas es el cuerpo humano, pero aunque no lo proclame, este actuar sobre el cuerpo va a estar operando una profunda modificación en la personalidad de los seres humanos. Por ello, las disciplinas estarán conformando históricamente un nuevo individuo. Con las disciplinas nace un arte del cuerpo con el cual se pretenderá hacer que los cuerpos sean más útiles y obedientes; se trata de inducir a hacer cosas y de cierta forma, de manera de aumentar las fuerzas del cuerpo en términos de utilidad.

Surge una verdadera anatomía política de los cuerpos, donde se conjugan procesos de conocimiento del físico humano con procesos de sumisión y utilización cualitativamente más intensos.

Varias van a ser las instituciones que controlan y promueven el conocimiento emergente de las disciplinas, su aplicación y las sucesivas innovaciones. Algunas de las principales instituciones fueron el ejército, los hospitales, los colegios, las primeras manufacturas, las prisiones.

Las disciplinas proceden distribuyendo a los individuos en el espacio de acuerdo a los siguientes principios: (18).

Principio de clausura. Es lo que se ha denominado «el gran encierro», a través del cual las instituciones anteriormente mencionadas, encierran más o menos rígidamente a los individuos operando separaciones tajantes, arquitectónicamente manifiestas, con el resto de la sociedad. En todos los casos habrá razones prácticas que se esgrimen como el peligro de contagio de los enfermos, los disturbios que ocasionan las tropas de los ejércitos, o las técnicas pedagógicas en los colegios.

* Principio del espacio analítico. Aquí el encierro se proyecta al individuo, que es apartado del conjunto para su confinamiento individual. Espacios celulares que encuentran su antecedente en las celdas de los conventos, pero que subrayan la individualidad de la separación rompiendo el «espíritu de cuerpo» o la conciencia de comunidad, tan profunda hasta ese momento. Mediante la separación individual se pretende enaltecer -para bien o para mal- la conciencia y responsabilidad personal.

* Principio de los emplazamientos funcionales. El origen más identificable de esto son los hospitales marítimos. Se trata de localizaciones de encierro a las que tendencialmente se les va asignando funciones específicas cuyo objeto podrá ser incrementar los conocimientos (hospitales, asilos, escuelas) o aumentar la eficacia (cuarteles, fábricas).

* Principio del rango. La especialización de las disciplinas bajo los principios anteriores, establecerá al interior de los emplazamientos rangos jerárquicos que distribuyen funciones y poder en una compleja clasificación en la que cada individuo y grupo de individuos encuentra su lugar.

Estas disciplinas así distribuidas en el espacio, operan también en una redefinición del concepto del tiempo, a efectos de multiplicar el control de la actividad.

Con origen también en el tiempo religioso de los conventos (tiempo del sueño, de las plegarias, de las labores, de la conversación, de la alimentación, etc.), se reconstruye a nivel individual la elaboración temporal de los actos.

Estos se descomponen en sus elementos, con lo que el tiempo así considerado, acaba penetrando los cuerpos.

Obviamente, esta reelaboración temporal de los actos será uno de los elementos más importantes para la conformación del individuo industrial. El tiempo de trabajo como base de valoración -teoría del valor- sujeto a ritmos sumamente controlados establecidos por los procesos productivos, también pasa a ser un control sobre la calidad del tiempo y su uso. Todo ello como uno de los principales supuestos que harán posible el desarrollo del trabajo asalariado.

Las disciplinas operan para sumar y capitalizar el tiempo. Este, de acuerdo a un esquema analítico previo, se descompone en trámites separados, que permiten pruebas parciales, el establecimiento de series de actos y un mayor control del individuo al ser observado en cada serie. Los procedimientos, de instrucción militar o de técnicas pedagógicas, desarrollarán todo esto, de manera que la instrucción se aceptará como la repetición ilimitada de actos fragmentos (planas de escolares, ejercicios de manejo o presentación de armas, ejercicios físicos de repetición hasta el cansancio para «educar» o desarrollar partes aisladas del cuerpo).

Esto va a determinar el surgimiento de la noción del tiempo evolutivo que sustenta la idea del -progreso social. Correlativamente a la génesis de este nuevo individuo es que se empezará a contabilizar el «progreso» de las sociedades.

Por último, las disciplinas operan como constructoras de una nueva maquinaria humana en la que no solamente se han incorporado los cambios en los cuerpos aisladamente considerados, sino que estos cambios individuales se imbrican en una consideración del conjunto de individuos como un engranaje complejo, en el que cada cuerpo singular se sincroniza. Esta combinación singular se va a orientar a multiplicar la potencia del colectivo.

Correlativamente, al interior de este engranaje colectivo se irá consagrando un nuevo sistema de mando, entre cuyas características destacan la índole de las órdenes que serán siempre breves y claras, y la semiótica de esta jerarquía en la que se hace énfasis en marcar con signos visibles y comprensibles a los diversos administradores del poder.

Estas nuevas prácticas sociales denominadas disciplinas, tendrán su complemento en lo que se denominan medios de encauzamiento (19). Mientras las disciplinas «fabrican» los individuos, aquellos «enderezan las conductas». En alguna medida, podría decirse que los medios de encauzamiento son el momento de la coerción que esta revolución cultural impone.

(18) Foucault, M.: Op. cit. pág. 145.

(19) Foucault, M.: Op. cit., pág. 199.

Pueden agruparse en tres grandes dispositivos:

La vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen.

Tal vez lo que aquí quepa destacar de la vigilancia jerárquica es su importante expresión en la arquitectura. Con orígenes en la estructura del campamento militar, hasta el diseño de ciudades nuevas, pasando por la arquitectura interior de Los edificios sede de las instituciones disciplinarias, es común la huella de un poder central que observa, registra y procede al encauzamiento.

Por su parte esta función de vigilancia jerárquica dará nacimiento a todo un nuevo personal, cuya única función, permanente y exclusiva, es vigilar. Este nuevo personal, va a jugar un papel primordial en la fábrica capitalista, en tanto operador económico, ya que su vigilancia en el control productivo reducirá costos e incrementará la ganancia; simultáneamente será una pieza clave del poder disciplinario actuante en el espacio productivo.

La sanción normalizadora va a estar caracterizada por un actuar por debajo de las leyes, por ello es que se la denominará como micropenalidad que penaliza el tiempo, la actividad, la manera de ser, la palabra, el cuerpo y la sexualidad.

Este castigo por lo general opera como algo natural, consecuencia inmediata del error. Esta «naturalidad» subraya la culpa y la vergüenza antes que el dolor.

Por último, el examen es otro medio de encauzamiento, mediante el cual simultáneamente se ejerce el poder disciplinario y se alimenta su saber a partir del conocimiento, la observación y el registro del examinado.

Así pues, las sociedades occidentales van forjando una nueva matriz cultural, uno de cuyos hilos conductores son estas prácticas disciplinarias y su correlativo poder que las impulsa. Por ello es que una vez desenvuelto el capitalismo industrial ya en sus fases de la gran industria y el monopolio, es factible hablar de las sociedades occidentales como sociedades disciplinarias en las que ya se ha implementado masivamente esta nueva matriz cultural.

2.4. El espacio urbano asiento privilegiado de las sociedades disciplinarias

Esta nueva cultura, en la que se subraya su perfil disciplinario, encontrará su ámbito central de anclaje y expansión, en las ciudades. En buena medida, las principales instituciones en las que se irá gestando este poder disciplinario ya existía en las ciudades (asilos, hospitales, cuarteles, colegios) y en la mayoría de los casos, las nuevas instituciones también van a las ciudades.

El poder político -que no es lo mismo que el poder disciplinario-también ya estaba asentado en las ciudades.

Esto va a determinar que el espacio urbano se convierta en un nuevo entramado de relaciones sociales muy regidas por las disciplinas aludidas, y que a partir del siglo XIX tendrán una funcionalidad absoluta que irrumpirá con los procesos productivos del capitalismo industrial.

Desde el punto de vista urbanístico, esta nueva cultura del individuo y del poder, de las nuevas jerarquías y de las micropenalidades y de la disolución progresiva de las antiguas solidaridades y uniones, va a empezar a plasmarse en la denominada ciudad barroca (20).

Este tipo histórico de ciudad, surge y se desarrolla con la consolidación de las monarquías absolutistas y en consecuencia, con el nacimiento del estado moderno.

Se trata de una nueva definición espacial de la ciudad, que si bien ya se había proyectado en el Renacimiento, tendrá que aguardar a los siglos XVII y XVIII para materializarse.

Correlativamente a ese nuevo gran poder que ha surgido -el monarca y su burocracia- se definen ciudades capitales que serán las sedes permanentes de este poder. A su interior se trazan nuevos espacios y edificaciones entre las que destaca el palacio real.

Urbanísticamente tres principios determinan esta transformación:

La línea recta, la construcción programada y la perspectiva. Ha nacido una suerte de monumentalidad urbana, claramente emparentado con las ciudades romanas, pero con una especificidad que la caracteriza.

Estas nuevas definiciones urbanas, con anchas avenidas que rematan en monumentos, franqueadas por edificios rigurosamente alineados y uniformes, o grandes jardines reales que subrayan la presencia del palacio, además de destacar la presencia del nuevo poder, insisten acerca de una voluntad de uniformización y conforman ángulos de observación. Pareciera que este urbanismo ha sido diseñado para grandes paradas militares, o entradas reales.

El hombre ha pasado a moverse en otra escala, ya que estos nuevos espacios empuñan al común de las gentes y agrandan a los signatarios del poder.

El Renacimiento había inventado la perspectiva en la pintura, pero no logró llevarla a cabo en el trazado de ciudades. En las utopías de Moro y Campanella se imaginan nuevos tipos urbanos, pero tampoco llegan a consumarse. Solamente en el Nuevo Mundo existirá la posibilidad de ensayar estos proyectos urbanos renacentistas.

Así pues, la ciudad barroca es el preludio de la ciudad burguesa de la revolución industrial, en la que no obstante las rupturas políticas, la forma estatal y este desarrollo cultural, se moverán con una cierta continuidad.

(20) Chueca Goitia, E: Op. cit.pág. 135.

La ciudad del capitalismo industrial intenta -y al cabo de décadas lo logra- seguir usando la perspectiva, la línea recta y la uniformidad edilicia que la ciudad barroca le ha heredado.

Lo mismo ocurre con las cárceles, hospitales, hospicios, escuelas y cuarteles que se insertan fluidamente en la nueva sociedad burguesa reconvirtiéndose al ritmo pautado por el progreso del capitalismo. En consecuencia, aquí también se registra un impacto urbanístico en las ciudades del capitalismo, por la preservación y desarrollo de las mencionadas instituciones y los edificios que físicamente las soportan. Este proceso no será fácil ni fluido. Si bien el poder disciplinario ya estaba en parte constituido y operando, la multitudinaria masa de inmigrantes que llegan a la ciudad, y el dislocado proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, crisis de sobreproducción que expulsan obreros y auges productivos que los devoran, controlar este proceso va a costar casi un siglo. Pero lo significativo a destacar, es que el capitalismo desarrollado, una vez que superó su fase «salvaje» consolida el ejercicio del poder disciplinario y su manifestación social; las disciplinas, y las ofrece en el escaparate del mercado mundial como el progreso máximo alcanzado por el ancestral proceso civilizatorio.

En las ciudades del capitalismo, encuentra su máxima expresión un nuevo tiempo que cronometra más actos y actividades bajo los requerimientos de una cada vez más acelerada velocidad circulatoria de bienes y personas, a lo largo y a lo ancho de las ciudades.

2.5. Evolución de lo público y privado en la ciudad capitalista

Complementariamente, los «tiempos modernos» van a hacer gala del silencio y la impersonalidad. Es así que el paisaje social de las ciudades será el de la «muchedumbre solitaria» descrito por D. Reisman. La genealogía del individuo de esta muchedumbre solitaria debe encontrarse en el nacimiento y desarrollo de las prácticas sociales disciplinarias.

Un conjunto de prácticas urbanas, la mayoría de ellas ligadas directa o indirectamente a la producción, van a coadyuvar a la estructuración de este nuevo silencio escudriñador.

2.5.1. El comercio

En 1852 un señor de nombre Aristide Boucicoult abrió en París una pequeña tienda llamada «Bon Marché», e introdujo un hábito comercial hasta el momento no practicado: cada mercadería estaría expuesta con su precio. El comercio, en tanto la manifestación económica más evidente del intercambio, hasta esas fechas, se desempeñaba bajo la práctica de un concierto de voces que airadamente o con paciencia buscaban acordar el precio adecuado de cada mercancía (21).

El cambio operado contribuirá al desarrollo de las grandes tiendas en las que el precio ya está definido por el vendedor y no hay apelación, y en donde el comprador va a entrar a ver y curiosear sin comprometer-se a compra alguna.

En consecuencia, se modifica radicalmente esta actividad socio-económica en la que desde tantos siglos los hombres se interrelacionaban intensamente, con un fin económico inmediato, pero con la posibilidad de desplegar otro tipo de intercambios. Correlativamente al proceso mediante el cual cada vez más objetos agregan a su valor de uso un valor de cambio -entre los que destaca la fuerza de trabajo el silencio y la impersonalidad, van a transformarse en manifestaciones culturales de más realce.

Este cambio en las formas del comercio en muy buena medida está económicamente determinado por ese nuevo arsenal de mercancía que el desarrollo industrial vuelca al mercado. Pero ello, también estará íntimamente vinculado a la introducción de una nueva sociabilidad coherente con el nuevo tipo de comercio.

La feria -periódica o permanente- era la forma típica de comercio precedente, cuyo sentido se proyectaba mucho más allá de lo estrictamente mercantil. Lugar de múltiples intercambios (mercantiles, efectivos, de información, ideológicos, etc.) en ellas se consumaba una de los principales aspectos de la sociabilidad, a cuyo servicio la ciudad proporcionaba sus mejores y más amplios espacios.

Este lugar era también uno de los escenarios de la fiesta, en tanto momento catártico de la comunidad, en oposición a las rutinas cotidianas, económicas y religiosamente determinadas.

2.5.2. El aspecto externo del nuevo individuo

El poder disciplinario y los medios de encauzamiento, han transformado al cuerpo de los individuos en una máquina de máxima productividad y en un blanco del poder, pero también su apariencia exterior conformará un nuevo campo de significaciones.

(21)Sennet, R.: "El declive del hombre público". Ed. Península. Pág. 179.

El aspecto externo de estos nuevos seres urbanos va a variar en sus poses, gestos y en su indumentaria. Esta última, va a evolucionar a lo largo del siglo XIX, desde las extravagancias multicolores y de mucha audacia en las mujeres, a un vestido cada vez más sobrio y de tonos oscuros que en la moda femenina también se va a expresar en la cobertura total del cuerpo, e inclusive con varias prendas superpuestas que buscarán remarcar el ocultamiento de su cuerpo (22).

No obstante esta aparente uniformización en el vestir urbano, no va a eliminar las notorias diferencias de clases. Estas, pasarían a expresarse por detalles más minúsculos -antes tal vez imperceptibles- con cuya miniaturización se exacerbará el poder de observación de los individuos urbanos.

En alguna medida, toda la literatura detectivesca del siglo XIX que resalta los atributos de sagaz observación del héroe -el Sherlock Holmes de Conan Doyle- van a estar aludiendo a este nuevo universo de pequeños detalles que serán las pistas que revelarán información acerca de la gente. Por ello es que se habla de la nueva semantización que la cultura urbana derrama en los individuos conforme la ha ido construyendo con las técnicas disciplinarias.

Por debajo de estas nuevas prácticas y hábitos que invaden la ciudad, incrustándose en el gran cambio cultural, lo que más destaca, es la nueva demografía urbana.

El desarrollo capitalista de las fuerzas productivas ha determinado un profundo reacomodo poblacional del campo a las ciudades y de unos países a otros. Ciudades en las que por décadas y a veces siglos habían vivido las mismas familias, son invadidas por familias campesinas y particularmente por una juventud errante que busca trabajo, diversión y rápidas oportunidades de ascenso social.

Con ello se ha pasado a lo socialmente desconocido, y de allí a lo anónimo y al anonimato como atributo de la vida urbana. Culturalmente, esto conduce a la necesidad imperiosa de elaborar nuevos códigos de comunicación y reconocimiento, entre los que ese nuevo campo de significaciones de la apariencia exterior de los individuos, es uno de los principales códigos que se introducen.

2.5.3. Una nueva zonificación

Estos cambios estructurales y culturales también aparejarán profundas modificaciones en otros aspectos de la vida social urbana. El uso del espacio público se reacondicionará al nuevo individuo urbano y a los requerimientos políticos y económicos de las clases dominantes.

No solamente con la modificación de las modalidades mercantiles empieza a apagarse la fluida y densa vida social de las ferias y plazas, que con motivo del comercio aglutinaban a las masas urbanas en amplios espacios públicos.

La ciudad se subdivide de acuerdo a los usos económicos que se están desarrollando: usos comerciales, industriales, de servicios, habitacionales. También se zonifica de acuerdo a la localización de las clases sociales, las que se separan espacialmente: zonas residenciales de las elites más ricas, zonas de clases medias, zonas populares de vivienda obrera.

Esta nueva distribución y aprovechamiento del espacio está íntimamente conectado con las funciones económicas de la ciudad en su conjunto bajo el capitalismo, pero también genera negocios ad-hoc que pronto adquirirán mucha importancia por el volumen de ganancias que permite la especulación inmobiliaria, con toda su lógica de aprovechamiento de la renta del suelo urbano.

Correlativamente a todo este re-aprovechamiento capitalista de la ciudad, hay una redefinición de la vida social urbana, donde una de las cosas que más destacan, es el debilitamiento de la interacción colectiva o vida pública.

En la concepción del nuevo individuo inserto en la sociedad disciplinaria, queda poco espacio para una intensa vida pública de ámbito comunitario. La genealogía de la muchedumbre solitaria es el declive del hombre público y la hiperintensificación de la vida en la familia nuclear.

En este debilitamiento de la vida pública, también van a incidir muy directamente, los designios políticos de las clases gobernantes en cuanto al temor a la frecuente y amplia reunión pública de las clases subalternas. Es así que se estigmatizará la vida del café, la taberna o la plaza. Con frecuencia, del estigma se pasa a la prohibición política, más conocida como represión.

A las clases subalternas apenas se les tolerará la permanencia colectiva en ciertos espacios «tolerados» aunque moralmente condenados, en los que se pretenderá ahogar las ansias de interacción social de las masas urbanas, con alcohol y prostitución. Así como el crimen es el necesario sustento de la legalidad, la cantina y el prostíbulo serán la contracara de esa voluntad de vaciamiento de los espacios públicos en la ciudad capitalista. Voluntad nunca consumada plenamente, pero, que conforme avanza y se introyecta la sociedad disciplinaria y el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas, se clarifica cada vez más en las vastas perspectivas urbanas vacías o pobladas, con vehículos automotores que se desplazan progresivamente en forma más acelerada.

(22) Sennet, R.: Op. cit., pág. 202.

2.6. Recreación y «tiempo libre»

Otro ámbito de la vida social que se verá trastocado y reconstituido en esta revolución cultural aquí descrita, es el de la recreación. Al principio, el capitalismo salvaje niega la recreación, al someter a la fuerza de trabajo a un ritmo y longitud horario que apenas si el tiempo sobrante puede ser utilizado para dormir un poco y comer. Son los tiempos en que la competencia se libra incrementando la plusvalía absoluta.

El desarrollo del capitalismo y la progresiva adecuación de la competencia a reglas de juego menos violentas, conjugando todo ello con los logros de las luchas sindicales, le empiezan a abrir a importantes masas de trabajadores urbanos, una perspectiva de recreación o tiempo libre, cuya meta más alta fue la semana de cuarenta horas con jornadas de ocho horas y vacaciones anuales de dos semanas como mínimo.

Con ello las clases subalternas obtienen un respiro a los dispositivos de explotación económica y se plantean el no trabajo como una diversión en sí misma. Cabe remarcar que ni los principales técnicos de la clase obrera ni las organizaciones partidarias o sindicales, se plantearon seriamente el comprender la naturaleza de ese tiempo que «ganaban» al quitárselo al empresario capitalista. Por lo general solamente celebraron la victoria por lo obtenido sin reflexionar acerca de lo que se trataba.

Si desde el siglo XVII se venía acuñando un cierto tipo de individuo que el siglo XIX terminará por imponer en todo el espacio central del capitalismo, obviamente esta nueva matriz cultural va a dominar el tipo de prácticas realizadas por las clases subalternas fuera de la fábrica.

A veces determinada por la represión política, pero las más de las veces vivida como una libre elección, la diversión popular pasará a depender y a someterse a los designios de la sociedad disciplinaria. Juegos, música, deporte, sexualidad, quedarán sesgados por los requerimientos de una matriz cultural -o cultura hegemónica- que va a estar haciendo posible la reproducción social y cuyas determinaciones penetran todos los espacios de la ciudad -y progresivamente de la formación social- a toda hora y en todas las personas,

Por ejemplo, el teatro va a ser un buen exponente de esta influencia cultural que a todos lados llega. Hasta mediados del siglo XIX, el teatro que era un importante factor de recreación popular, se caracterizaba por un público muy activo en la sala de espectáculos, que no sólo celebraba el cierre de la pieza teatral, sino que participaba a lo largo de toda la obra, halagando o criticando airadamente la representación, e involucrándose emocionalmente a grados conmovedores en los puntos más álgidos del drama, si este lograba una buena representación. Inclusive, el público llegaba a ocupar con sillas el propio escenario, estableciendo una proximidad casi coloquial con los actores (23).

Sobre fines del siglo XIX un radical cambio se habrá operado. La sala con el público se halla a oscuras y en total silencio durante la representación. El aplauso sólo se admitirá en los cortes de la obra y tenderá a ser una manifestación controlada. El escenario se ha separado del público impidiendo su presencia allí, y en consecuencia apartando marcadamente el espacio de los actores, del espacio de los espectadores. Con ello ha surgido toda una nueva arquitectura interior de las salas de espectáculos en las que también se definen con mucha precisión los diversos tipos de localidades, cuyo precio diferencial indica la extracción social de los espectadores.

Tal vez, en esta genealogía del espectáculo, uno de los puntos culminantes que manifiesta la individualización, es la consolidación y desarrollo del cine. Aquí, el espectador ante una pantalla en la que se proyectan imágenes que se acompañan de sonido, observa atentamente, psicológicamente prendido a un devenir de fantasías que estas imágenes connotan, y en las que la individualidad se despliega en toda su profundidad. En el cine, la oscuridad que supone la proyección, no sólo es un requisito técnico, sino un necesario aditamento de ese estado de hipnosis individual en el que cada quien se sumergirá hasta el fin del film.

Se prenden las luces, finaliza el trance, y personas físicamente contiguas se observan molestas, temerosas de descubrirse en sus fantasías interiores y urgidas por abandonar la sala plagada de tantas extrañas presencias (24).

Qué lejos está esta psicologización de las actitudes, permanente interiorización de valores culturales que ha ido estructurando este individuo (que cada vez más, sólo sabe hablar consigo mismo) de la algarabía caótica y escandalosa de los eventos populares de los tiempos históricos inmediatamente anteriores. Lo privado -por oposición a lo público- ha ensanchado tanto su radio de acción, que termina neurotizando a sus propios protagonistas, ahora sí cada vez más «privados» de alternativas de sociabilidad que mitiguen esa soledad. Aparece entonces, el psicoanálisis como el inicio de una larga conversación de estos seres disciplinados que han elevado el silencio y la individualidad como valores absolutos; una larga conversación que calma, pero no permite comprender.

(23) Duvigneaud, J.: "Sociología del teatro". Ed. FcE, pág. 291

(24) García Riera, E.: "El cine y su público". Ed. FCE pág. 15.

3. LAS FORMAS URBANAS COMO PORTADORAS DE LA CULTURA HEGEMONICA

3.1. La ciudad en tanto campo de significaciones

La cultura burguesa se difunde imponiendo un nuevo orden simbólico. Su mensaje histórico - o sea su ideología- no solamente va a estar vertebrado en el lenguaje discursivo (oral o escrito). Un muy vasto y cada vez más complejo universo de signos que se perciben con la vista, el tacto, el olfato o el oído connotan aspectos de dicha ideología, y en su conjunto contribuyen a constituir eso que se ha venido denominando cultura hegemónica.

Como ya se ha señalado para otras manifestaciones de esta cultura hegemónica, el espacio urbano es un lugar privilegiado de concentración de estos signos. En la medida que la ciudad capitalista incrementa la profundidad y la intensidad de la prédica cultural (hegemónica) el orden simbólico se redensifica bajo esta lógica. Es por ello que se habla de una semiótica urbana, es decir, la semántica o significado del enjambre de signos desplegados en la ciudad.

Esta realidad puede ser observada desde dos planos distintos. Uno de ellos, el «normal» o propio del «hombre de la calle», se caracteriza por registrar todos estos signos con absoluta naturalidad por considerarlos en su mayoría totalmente neutrales desde el punto de vista ideológico. Se verifica predominantemente la función denotada: una iglesia es un recinto para orar, un palacio de gobierno es un edificio en donde trabajan las autoridades, una plaza es un lugar de recreación y remanso, una avenida es una «arteria» de circulación, un cartel comercial es una convocatoria a consumir tal o cual producto, un museo es el lugar de resguardo de cosas antiguas o valiosas, la nomenclatura de las calles es una forma de no confundirlas, etc.

En esta infinita gama de significaciones, sólo se percibe por lo general su valor de uso. No obstante, psicológicamente los individuos «viven» más allá del plano consciente, sensaciones o reacciones de agrado, rechazo, molestia, identificación, etc., frente a estos estímulos perceptuales. Precisamente, la psicología social, en buena medida, persigue conocer cómo los individuos interiorizan estas percepciones.

En otro plano de observaciones, es factible suponer que en todas estas formas sígnicas hay un cierto orden -el orden simbólico- que les da una coherencia por debajo del caos aparente o de la mera funcionalidad que cada cosa denota.

En términos de F. de Saussure, se trataría de un lenguaje a través del cual hablaría cada situación urbana concreta (25). O en términos de la teoría de la comunicación, diversos códigos que estructurarían mensajes. Estas nociones permiten iniciar el camino hacia una comprensión de este segundo plano de observación del orden simbólico.

La mayor limitación que se presenta -tributaria de la debilidad teórica de la semiótica como ciencia- es la difícil reconstrucción del lenguaje o del código en cuestión. Ello sin prejuicio de introducir otra fuente de dudas en lo referido a la naturaleza de los signos, ¿se trata de mensajes intencionalmente elaborados y emitidos por un emisor en un canal o vehículo determinado y dirigidos a un destinatario en particular? o, ¿se trata meramente de hechos no intencionalmente establecidos pero socialmente significativos?

Con respecto a la primera inquietud acerca de cómo descifrar los códigos o lenguajes, lo que permite avanzar es comenzar a leer su traducción en la semiótica urbana a partir de la ideología dominante. Es factible indagar y conocer -aunque sea en parte- el significado, sin llegar a descifrar la legalidad del código. Desde luego, para llegar a este resultado debe de suponerse todo lo dicho en materia de cultura, cultura hegemónica e ideología.

Ocurriría como en la comunicación entre los niños que no saben hablar o hablan lenguas diferentes, pero en su interrelación se comprenden. De lo cual se desprende, el bajo nivel de comprensión que este procedimiento permite. No obstante, se ha dado un muy importante paso adelante con respecto a la observación ingenua del «hombre de la calle».

En relación a la segunda duda, acerca de si existe o no intencionalidad en la significación social de estos significantes la respuesta es muy variada. Queda claro que en algunos casos la intencionalidad es diáfana: la arquitectura de ciertos edificios públicos en cuyo diseño se incorporan claramente funciones simbólicas referidas a diversos aspectos del poder. En los monumentos (esculturas, fuentes, obeliscos, arcos de triunfo, hemiciclos, etc.) la intencionalidad también es muy claramente cognoscible.

(25) De Saussure, E: "Curso de lingüística general". Ed. Losada, Pág. 63.

Pero en otras series sígnicas esta intencionalidad ya no queda tan clara. Los carteles con propaganda comercial, por ejemplo, admiten descifrar los valores culturales y matrices ideológicas que sin lugar a dudas influyen en el consumidor -por eso es que significan socialmente y que no estn del todo presentes en la función comercial del cartel. Los anuncios en general, y la senalizacin urbana, también connotan ideología y definiciones culturales precisas sin que se presente la intención de hacerlo. En el polo opuesto a toda intencionalidad, la dimensión de los ruidos y olores connota variados procesos sociales con sus respectivas valoraciones culturales sin que ellos se prevean: el ruido rítmico y por momentos ensordecedor de las fábricas señala el espacio de la producción y en términos culturales se halla desvalorizado en la escala jerárquica de atribuciones o reconocimientos. Por oposición, la cultura burguesa premia y reconoce el silencio, señal de distinción y vala, propio de las zonas urbanas residenciales de los grupos sociales de mayores ingresos.

Quiere decir, que la ciudad capitalista ofrece sobrepuesto a su uso útil, un campo de significaciones que opera al servicio de la imposición de la cultura hegemónica, aunque no sin dejar de estar atravesado por las contradicciones que dicho proceso de imposición cultural con-lleva, consecuencia de la lucha de clases.

En la ciudad capitalista la expresión simbólica de la cultura burguesa hegemónica, además de caracterizarse por su densidad, se va a destacar por su vocación universal. El proceso de expansión y unificación del mercado mundial, a su vez unifica y expande la cultura, lo cual se expresa en la aparición de un conjunto cada vez más numeroso de series de signos y sus respectivos códigos -cuando existen- en las diversas ciudades pertenecientes a sociedades nacionales distintas. Por ello, es que las ciudades capitalistas tienen todas una fisonomía común y con la tendencia histórica a aumentar las similitudes.

Lo que nunca será posible es igualar a las ciudades como consecuencia de este proceso de difusión cultural. Ello será imposible, porque en las ciudades permanecen indelebles, inscritos en las piedras y en el cemento, huellas de procesos sociales que han perimido o se han modificado. El flujo social tiene un ritmo más intenso que el de construcción-reconstrucción de las ciudades. Por eso es que se observa con frecuencia la recuperación al servicio de nuevos usos, espacios y edificios creados en contextos y bajo requerimientos muy distintos. Las acciones de renovación urbana, y en particular de recuperación de centros históricos son acciones típicas-, de lo señalado.

El Estado juega un papel de primer orden en todo este orden simbólico, parte importante de la cultura hegemónica y por tanto de los dispositivos de la reproducción social. Construye plazas y edificios, define la magnitud y el sentido de calles y avenidas, establece las formas en el uso de los espacios públicos y privados, funda y alimenta la «esttica» urbana, etc.

Complementariamente la sociedad civil también va a encargarse de elaborar sus propios signos los que connotarn la ideología y los valores culturales existentes, hegemónicos y subalternos. En este sentido, la arquitectura civil es un buen ejemplo a través de cuyos estilos se expresan históricamente las clases sociales, y en el caso de las clases dominantes, con un particular énfasis en inscribir su rol dominante en sus edificaciones de habitación o de recreación.

La inscripción de la jerarquía social no solamente queda establecida en los distintos lugares de localización de las clases sociales y los usos urbanos -zonificación- sino en las magnitudes particulares de apropiación del espacio y en el rostro exterior de los edificios cuya expresión arquitectónica busca denodadamente difundir el linaje de su propietario.

La ciudad con su función de escenario simbólico, no es privativa del capitalismo. En modos de producción y culturas anteriores y posteriores -el post-capitalismo o socialismo realmente existente- hubieron semióticas urbanas, es decir, campos de significaciones al servicio de una imposición cultural. Desde las pirámides de Egipto hasta las iglesias medioevales, pasando por el gora griega, el foro romano o la casbah islámica, existió la intención -aunque a veces no muy concientizadas- de que las formas urbanas «dijeran cosas».

Lo particular de la ciudad capitalista es la forma de decirlas y el significado concreto del mensaje-ideología.

3.2. El universo de los elementos significantes

Con el fin de clarificar mediante la concreción todo lo que se ha venido desarrollando, puede servir identificar algunos significantes de los que se nutre la semiótica urbana y que estarían componiendo ese gran campo de significaciones que se abre ante los sentidos de los individuos.

3.2.1. Trazado y definición de espacios en la ciudad.

En el espacio urbano -el espacio que ocupa la ciudad- los volúmenes que emergen definen las características de los espacios que se van entrecortando de esta forma. Calles, avenidas, plazas, rincones, perspectivas o imágenes de conjunto, por su particular geometría, por la textura y la policromía utilizadas van a componer distintos paisajes de diverso significado. En algunos casos la presencia materializada del poder será por demás obvia; en otros tal vez resulte subrepticia; habrá casos en el que irrumpa una cierta belleza que domine el todo y sesgue los significados últimos; la superposición anacrónica podrá impedir cualquier efecto de conjunto, subrayando meramente una imagen desagradable.

Heredera de los principios renacentistas, la ciudad capitalista se va a caracterizar por el uso sistémico de la línea recta y la perspectiva, usadas básicamente en el trazado vial. Además de cumplir funciones simbólicas al servicio del poder y la cultura, las calles rectas permiten mayor velocidad de comunicación y un uso mercantil óptimo de los lotes fraccionados que van quedando en el borde de las calles.

Históricamente, hay una recuperación y actualización del trazado en cuadrícula, propio de las ciudades coloniales hispanoamericanas reglamentado en las Leyes de Indias. El mejor ejemplo de esta masiva adopción de la cuadrícula es la urbanización norteamericana y desde luego, en las propias ciudades latinoamericanas, cuando entrado el siglo XX se insertan plenamente en un desarrollo capitalista.

Otras formas espaciales del trazado vial, quedan como reminiscencias pintorescas de épocas anteriores; ello es lo que ocurre con los cascos medioevales de las ciudades europeas o la antigua casbah de las ciudades musulmanas.

La arquitectura moderna busca introducir nuevas y originales formas urbanas alternativas a la cuadrícula, pero este esfuerzo quedará traducido en algunos pocos espacios insulares en ciudades ya estructuradas.

Las ciudades socialistas son las que más van a desarrollar las propuestas de la arquitectura moderna, ya que la sustitución de la lógica de la ganancia capitalista y la propiedad privada del suelo, por otra racionalidad más atenta al bienestar colectivo, permite redefinir los espacios urbanos.

3.2.2. La simbólica edilicia.

Aquí quienes hablan son los edificios individualmente considerados. Como en la ciudad capitalista a los edificios se les considera mercancías, por lo general la decisión de su construcción obedece a arbitrios individuales.

Ello no ocurre en los edificios públicos en donde es más notoria una razón de Estado en su construcción, antes que un razonamiento de tipo individual; también influye coercitivamente el Estado frente al conjunto de los particulares, mediante un complicado haz de reglamentaciones que someten la voluntad individual constructora a variados criterios pautados por la seguridad colectiva (incendios, derribos, salud de la comunidad, normas de asoleamiento, obligatoriedad de drenaje, definición de espacios mínimos, definición de alturas, etc.) y por elementos culturales, los que en muy pocas oportunidades aparecen como tales ya que por lo general aparecen entremezclados con los criterios anteriormente establecidos: es el caso de la imposición de baño privado o la subdivisión interior de múltiples espacios con paredes sólidas.

Hablar de los individuos particulares que construyen -por oposición al Estado es quedarse en el discurso oficial en el que la sociedad burguesa es el reino de la igualdad... formal. Los particulares que construyen se dividen en clases, que consciente e inconscientemente dejarán inscrita en sus habitáculos su pertenencia de clase.

En la ciudad capitalista (a diferencia de la ciudad medieval o colonial) coexisten dos aspectos aparentemente contradictorios pero que componen dos caras de un mismo fenómeno cultural. Por un lado esa discontinuidad y diversidad en las expresiones edilicias, que representa la mercantilización de las relaciones entre sujetos individualmente considerados y que operan aparentemente según su propio arbitrio. En esto radica la enorme mezcla de estilos entre casas y edificios que coexisten de manera abigarrada.

Económicamente hablando, este «desorden estético» de la ciudad capitalista es el correlato de los múltiples procesos privados de apropiación del espacio, en donde cada uno está determinado por las propias reglas de valorización de cada capital particular. Desde luego, todas las casas y edificios de la ciudad, no constituyen capitales, sino solamente unos pocos de ellos. No obstante la fortuna en como proceden la totalidad de los propietarios privados constructores -desde el más humilde hasta el magnate máximo de la construcción se efectúa de acuerdo a las mismas reglas.

En la sociedad capitalista y en particular en sus ciudades conviven dos componentes: uno, que enaltece al individuo y que postula la necesidad de su diferenciación en el orden de las ideas, sus deseos, su indumentaria, su vivienda, su pose, sus gestos, etc. Este componente será el motor permanente que a nivel edilicio estará operando para adoptar y mezclar estilos en una búsqueda de exclusividad. El mayor o menor logro de dicha búsqueda estará dado por el nivel de ingresos del sujeto.

Pero simultáneamente la cultura hegemónica promueve la uniformización, en donde todo lo dicho acerca de las disciplinas es uno de los mejores ejemplos. Esta uniformización adopta una expresión exterior en la arquitectura de la vivienda popular. Es típico de la ciudad capitalista las alucinantes hileras de viviendas iguales que caracterizan a los barrios obreros. Una producción en serie que aplasta cualquier vocación individual (alentada desde la cultura hegemónica) y le recuerda al trabajador que primero es una mercancía -fuerza de trabajo-, y subsidiariamente es un individuo.

Complementariamente, este aparente caos encuentra ciertos límites que permiten ir reconstruyendo la coherencia del código edilicio. Las diferencias no son infinitas; no es concebible que cada edificio que compone la ciudad capitalista sea absolutamente diferente de los demás. Analizando con más detenimiento puede verificarse que las diferencias son limitadas y que las similitudes abundan; todas ellas son las que permiten pensar esa «estructura ausente» que posibilita comprender la diversidad y asignarle una racionalidad precisa.

De acuerdo con U. Ecco (26) en los edificios aparecerán funciones primarias y funciones secundarias; las primeras denotan el uso y las segundas connotan valores simbólicos. En el conjunto de la edificación urbana, es factible ir entretejiendo continuidades culturales en cualquiera de ambas funciones. El elemento definitorio o que termina por aclarar este panorama es la presencia subyacente de la cultura hegemónica en su itinerario de imposición expansivo. Es así que se observa el surgimiento y la competencia entre diversos estilos arquitectónicos que en los diferentes momentos históricos significan a la cultura hegemónica y su refracción por las clases subalternas, ya sea para desecharla o ya sea para su reapropiación bajo ciertos cambios en la expresión arquitectónica.

3.2.3 -Signos y símbolos urbanos.

Hay una constante en el género humano que es lo que se denomina facultad designadora, que consiste en establecer signos como algo que está ahí en lugar de otro algo y es interpretado y entendido como tal.

Esta facultad designadora que en los hechos se transforma en una compulsión por establecer signos, implica una serie de actitudes básicas de los individuos las que se denominan experiencias pre-predicativas. Es decir, modos de percibir y de ordenar el sentido de las cosas. Estas experiencias se integran de nociones como las de claro y oscuro, dentro y fuera, horizontal y vertical. Asimismo se entrelazan con una expectativa existencial que el individuo acusa desde el momento de su nacimiento: la necesidad de que haya algo en torno de sí, la búsqueda de una confianza en esos objetos o signos que encuentra. Por oposición, se trata de un terror a la nada o sea, la desesperación de que no se encuentren signos o cosas que estructuran un orden cognoscible (27).

En el espacio urbano se concentran millones de signos y símbolos cuya diferencia radica en que los primeros contienen una referencia directa a un objeto individual, o lo representan, los símbolos expresan algo conceptual.

Todas las sociedades culturalmente diferenciadas tienen órdenes de signos y símbolos diferentes cuyo código interpretativo solo lo manejan los integrantes de cada sociedad en cuestión. Ello es lo que expresa la ajenidad que producen tipos históricos de ciudades del pasado, en los que la simbólica también estaba muy presente pero estructurado de otra manera. El único posible denominador común de todos los signos y símbolos son esas experiencias pre-predicativas que conforman en la psiquis del individuo el instrumental básico para cualquier ordenamiento.

En la urbanización capitalista proliferan múltiples series signílicas absolutamente típicas del modo de producción capitalista. Entre ellas, destacan las señalizaciones urbanas (flechas indicadoras del sentido de las calles, avisos de no estacionarse, semáforos, cebras para peatones, etc.) las que fundamentalmente aluden a la vialidad. Es decir, se trata de un concentrado de signos que busca ordenar la circulación interior de la ciudad.

Debe recordarse, que la circulación ágil y precisa de bienes y personas es una condición necesaria de la ciudad capitalista en la que la velocidad de rotación del capital es uno de los principales objetivos para la obtención de la tasa media de ganancia, o su superación.

Por lo tanto, algo tan aparentemente neutro e inocuo como es toda la red de señalización urbana, es un dispositivo de disciplinización de las conductas al servicio de una lógica económica cuyo beneficio es capitalizado por las clases dominantes.

Otra red de signos típicos de la ciudad capitalista son los anuncios comerciales con toda su vasta gama de expresión: grandes anuncios luminosos, enormes pantallas, escaparates de comercios, carteles murales, etc.

Aquí también se trata de signos alusivos a servicios o mercancías ofrecidos y que económicamente cumplen la función de promover el consumo, o sea, realizar la venta de las mercancías.

El plano subyacente de esta red de signos es la forma como se ofrecen. Permanentemente hay un conjunto de supuestos referidos a la naturaleza de las relaciones sociales y a los valores implicados en estas. Énfasis en tipos étnicos "superiores", definición de una estética del gusto, caracterización de la sexualidad, convocatoria a la obediencia, etc.

Conjuntamente con el mensaje denotado («tome coca cola») se insiste en toda otra serie de opciones que en la mayoría de los casos los individuos las perciben pero no las racionalizan.

Es tan fuerte el impacto y el acostumbramiento a esta fisonomía urbana plagada de anuncios comerciales, que vivencias urbanas en ciudades sin estos signos son asimiladas con gran depresión, con sensación de pérdida, de que falta algo en el entorno urbano; en alguna medida ello es lo que le ocurre al individuo occidental del presente en las ciudades del socialismo actual.

Debe insistirse que la facultad designadora siempre ha estado presente en los diversos tipos históricos de ciudades. En la Edad Media junto con la gran visualidad del espectáculo religioso y su arquitectura existió una densa iconografía que también cumplió funciones cohesionadoras y de mantenimiento de las jerarquías sociales existentes.

(26) Ecco, Umberto: «La estructura ausente». Ed. Lumen, pág. 323.

(27) Pross, H.: «La simbólica del poder». Ed. Gustavo Gilli.

Igualmente en las ciudades de la Antigüedad, como fue el caso de las culturas mesoamericanas, en las que la facultad designadora en buena medida estaba expresada en ese «horror al vacío» manifiesto en el decorado barroco de edificios y monumentos representando mitos, leyendas o escenas de la vida cotidiana.

Es importante subrayar el componente cultural de los signos comerciales de la ciudad moderna, ya que usualmente sólo se ha visto en ellos el mensaje explícito promoviendo el consumo en cuestión. Este componente cultural es cambiante y conforma un campo de lucha en el cual diversos enfoques o concepciones históricamente se enfrentan.

No es casual la existencia de reglamentos de anuncios en donde se promueven formas y estilos y se penalizan otros. Por ejemplo, el idioma que debe ser usado, el lugar donde los avisos deben ser localizados o la prohibición de cierto tipo de avisos.

En cuanto a los símbolos, los más importantes son los que se asocian con la presencia del poder estatal. Banderas, monumentos, obeliscos, escudos o logotipos, recuerdan mediante esos objetos la existencia de un poder en ejercicio y su presencia sustituye la presencia real de los representantes físicos del poder. Estos símbolos no ocultan nada, ya que precisamente lo que quieren es comunicar de la manera más clara y directa los conceptos a que aluden. Ello hace que frecuentemente los enfrentamientos políticos se den destruyendo los símbolos: quema de banderas, derribo de estatuas, bombas de alquitrán en escudos, etc.

Si bien en los símbolos de la ciudad no se oculta un mensaje cultural, su constante y múltiple presencia recuerda y destaca las nociones representadas, sin necesidad de expresarlo discursivamente.

Tanto los signos como los símbolos, se inscriben en redes, las que se despliegan por toda la ciudad. Estas redes a su vez se hallan supraordenadas en un esquema dominante que las subordina. Aquí también la supraordenación no es total ya que debe de coexistir con manifestaciones culturales subalternas que la deslicen total o parcialmente.

4. GOBIERNO DEL TERRITORIO Y POLÍTICAS URBANAS GOBIERNO DEL TERRITORIO Y POLÍTICAS URBANAS

4.1. Poder central y poderes locales

Poder central y poderes locales

El Estado capitalista, inaugura en el mundo occidental una nueva modalidad de instituciones políticas, cuya fuente principal de inspiración van a ser las instituciones nacidas con la revolución francesa de 1789 y la revolución norteamericana de 1776.

En esta dimensión de análisis estrictamente ligada a la organización del poder político, se observará la necesidad histórica de estructurar un sistema de instituciones que hagan posible el funcionamiento de la sociedad de acuerdo al modo de producción capitalista. Presencia y ausencia de las distintas clases en el ejercicio del poder político, representación política, poderes centrales y locales, son algunos de los temas que habrán de encontrar nuevas respuestas en las nacientes instituciones.

Uno de los principales problemas a resolver mediante las nuevas instancias jurídico-políticas, para la irradiación a través de la totalidad del territorio nacional de la única y obligatoria jurisdicción, es la posibilidad de «decir derecho» (juris dicere) a toda la población nacional y decirlo en un mismo lenguaje jurídico.

Sabida es la importancia que tiene el territorio en los nacientes estados nacionales del capitalismo: es al ámbito geográfico del mercado nacional. A pesar de las similitudes de las instituciones en los diversos países occidentales, las dimensiones de estos varían significativamente, por lo que sus efectos también variarán país por país. A ello, desde luego, hay que agregar historia y culturas específicas que dan por resultado un abanico muy amplio de sociologías políticas en el capitalismo occidental.

La redefinición de la vida social y política trae aparejada una nueva proyección para el espacio urbano y el espacio rural. En consecuencia, se inicia también un cambio en el denominado gobierno del territorio, bajo la nueva perspectiva capitalista.

La consolidación de los poderes centrales, (poder ejecutivo, legislativo, y judicial) implica un correlativo debilitamiento de los poderes locales cuya expresión jurídico-formal será un progresivo vaciamiento de atribuciones y competencias.

Es así, que este gobierno del territorio, cuya característica principal es la más estrecha y directa relación con la comunidad, perderá peso y proyección ante ésta, aumentando su papel de administrador en detrimento de su función de gobernante. Por cierto, este proceso va a ser muy distinto en los estados del capitalismo desarrollado -en los que se observa una importante tradición de poder local fuerte- con respecto a los estados de capitalismo dependiente, como es el caso de América Latina, en donde no existía una tradición de poderes locales preeminentes.

Antes de continuar con la evolución de esta tendencia histórica de debilitamiento de los poderes locales, conviene anotar la verificación de una gran paradoja: las nuevas instituciones del mundo occidental, se piensan y discuten a lo largo del siglo XVIII y en el curso del XIX se imponen políticamente. Los poderes locales, la administración espacialmente delimitada del territorio, se toman en la mayoría de los casos, de las instituciones que venían funcionando en el pasado.

Es así, que una institución como el municipio, que se ha desarrollado en la Edad Media, y encuentra sus raíces en el Imperio Romano, pervive hasta la actualidad.

Pero este municipio, que en varias sociedades (por lo general aquellas que luego incubarán al capitalismo desarrollado) supo cumplir un papel heroico, comenzará a caer en una pendiente de desprestigio y menoscabo que lo terminará por transformar en el presente, en un mero administrador de crisis económica y social insalvable.

Es decir, el poder local en los nuevos estados nacionales está insertado con carácter netamente dependiente, a una nueva estructura de poder o sistema político cuyo espacio geográfico es la totalidad del territorio nacional, y su cuerpo social es la nación misma.

En esta trayectoria de progresivo debilitamiento político habrán distinciones muy marcadas entre ciertos tipos de poder local o municipios. Correlativamente al nuevo papel del espacio urbano y rural en el capitalismo, el poder político local en las ciudades y en el campo varía sobremanera.

En tanto la ciudad capital es económica, política y culturalmente dominante sobre el conjunto del territorio, la función y el papel de los municipios urbanos y rurales serán muy diferentes.

En el caso de la administración urbana los ayuntamientos irán perdiendo el peso y la proyección de verdaderos poderes de gobierno representativos, y serán sustituidos por administradores encargados de llevar a cabo un conjunto de nuevas funciones que impone la urbanización capitalista y cuya importancia se torna clave para la reproducción social.

De cara a la comunidad, y en estrecho contacto con ella, el poder local será el que ponga en práctica una serie de reglamentaciones y prescripciones que van a afectar muy marcadamente la vida cotidiana de la población. Tal vez pudiera precisarse, que estas orientaciones estructuran ciertas formas de consumo, históricamente necesarias para la reproducción simple y ampliada del sistema en su conjunto.

El papel de este nuevo poder local urbano va a ser vasto y complejo; cabe registrar tres dimensiones en su proyección:

- La resolución de las principales contradicciones emanadas de los procesos productivos, que se traduce en alguno de los aspectos expresados en las condiciones generales de la producción.

- Conformación, consolidación y desarrollo de un subsistema político que asegure la existencia de un poder local urbano articulado al poder central.

- Socialización en el espacio urbano de una serie de opciones culturales -emanaciones de la cultura hegemónica expresada en múltiples aspectos aparentemente inocuos e intrascendentes, pero profundamente penetrantes por la cotidianidad a la que están dirigidos; por ejemplo:

- estilo de vida y buenas costumbres

- uso de los espacios públicos y privados

- tiempos y características de la recreación

- re-semantización de las estructuras edilicias

- señalamiento de lo inaceptable (ciertas modalidades de contravenciones como el desnudarse en la calle o cambiarle los colores a los semáforos) y de lo condenable que se acepta, pero se le segrega social y espacialmente ("zonas de tolerancia", lugares para tomar bebidas alcohólicas).

- enaltecimiento de ciertas prácticas, como el deporte, y la construcción de instalaciones al efecto.

- contribución al sometimiento de la vida cotidiana de las masas urbanas a la moderna noción del tiempo (actividades permitidas y prohibidas por la noche y por el día, relojes públicos por doquier, sirenas que anuncian la entrada y salida, horarios de espectáculos, transportes y servicios en general, etc.).

Tradicionalmente, los estudios de las políticas urbanas y en particular aquellos que se apoyan en las premisas del materialismo histórico, se refieren casi exclusivamente a la dimensión económica de estas políticas.

La verificación del sentido de esta intervención ha sido un avance definitorio para la teoría de la ciudad capitalista. El haber comprobado la no rentabilidad en la producción de las llamadas condiciones generales de la producción, y por consecuencia la necesidad de la intervención estatal para satisfacer esa necesidad del capitalismo (que individualmente es rechazada por los capitalistas), ha servido para anclar estructuralmente el papel del Estado capitalista en la conformación de la ciudad.

Es por demás importante identificar, tanto a nivel normativo como en lo que tiene que ver con la inversión, toda la gestión referida a la introducción y montaje de las infraestructuras y servicios. Sin esta específica intervención es inconcebible el proceso de acumulación capitalista.

4.2. Sistemas y actores políticos en la ciudad

No obstante, todo ello sería imposible, sin la existencia más o menos estable de un poder en la ciudad que garantice y promueva el funcionamiento de las reglas del juego. Poder que si bien

responde a la ecuación de poder que históricamente se ha establecido a nivel nacional, encuentra una marcada particularidad en el específico ámbito de la ciudad.

Este poder, que es mucho más que las definiciones institucionales y que actúa mediante el consenso y la coerción, se expresa, entre otras cosas, promoviendo ideología y cultura.

Las recientes crisis del capitalismo, hiperconcentradas en las ciudades permitirán comenzar a comprender el funcionamiento de algunos de estos dispositivos, los que por su solo reconocimiento por la sociedad urbana quedan sometidos a una profunda crisis en su funcionamiento.

Asimismo, el poder local en las ciudades del capitalismo, es uno de los principales agentes en la construcción (o su debilitamiento) de la hegemonía alcanzada por las clases o fracciones de clases dominantes. Entendiendo a esta hegemonía como la dirección política y moral de la sociedad, el poder local existiría en tres dimensiones, cuya conjugación depende de cada sociedad en lo concreto y de cada momento histórico dado.

Una primera dimensión, la más inmediatamente perceptible, es la que, en el mundo de las apariencias, agota la existencia del poder local: es la definición jurídico-formal de su funcionamiento. Lista de atribuciones y competencias, modo de elección de los gobernantes, forma de relación con los demás poderes estatales, derechos y garantías de los ciudadanos en referencia a su actuación.

Aquí es donde se despliega la vida pública y consciente del poder local, y es el campo mejor regulado y conocido en donde se enfrentan los agentes sociales y políticos. Ya se trate de municipios de elección directa o indirecta, de la existencia de cámaras de representantes locales, de instancias de democracia directa o de sistemas de representación proporcional, es la visión exterior del poder local más allá de la cual se inicia la penumbra.

La segunda dimensión del poder local es el sistema concreto de alianzas entre los grupos que ejercen dicho poder y lo coparticipan en diversos grados. Este es propiamente el sub-sistema político que anteriormente se mencionaba.

Por lo general, este sub-sistema es sumamente complejo y cambiante y se expresa en dos tipos de grupos constituyentes: grupos o agentes de la sociedad política y de la sociedad civil asociados, que ejercen la dominación y usufructúan sus ventajas económicas; y grupos o agentes de la sociedad política y de la sociedad civil a los que se les asocia a partir de ciertas dádivas o prestaciones y mediante el respeto parcial (y a veces sólo formal) de algunos de sus puntos programáticos.

El primer tipo de grupos está compuesto por el partido o los partidos políticos que se identifican con el orden constituido, grupos económicos vinculados con los negocios inmobiliarios, fracciones más modernas y poderosas de los industriales, grupos de banqueros (con intereses en la industria y en la especulación inmobiliaria); ciertas asociaciones con funciones predominantemente ideológicas, como padres de familia, ciertos representantes de la prensa oral, escrita o televisiva, asociaciones identificadas con la tradición de la ciudad (patrióticas, culturales), etc.

Esta alianza de poderosos, se vincula con mucha frecuencia a grandes negocios inmobiliarios, en los que el contubernio entre autoridades y ciertos empresarios permite absorber voluminosas ganancias. Conocer con anticipación la realización de cierta obra pública (trazado de una avenida, un parque, una presa, etc.) permite adquirir a muy bajo precio el terreno que luego se valorizará con dicha obra pública, lo que permitirá revenderlo a mucho mayor precio.

Negocios de estas características son los que cimientan la alianza de clases y fracciones en el poder local. Por lo general, se efectúan violando la legalidad vigente, aunque a veces ello ni siquiera es necesario.

Otra modalidad frecuente, es la del otorgamiento de contratos para construir obra pública a las empresas afines. Aquí la legalidad o ilegalidad de los procedimientos, está en función de la existencia o no de la obligatoriedad de los llamados concursos de precios y/o licitaciones, y de su contraloría.

El hecho económico que subyace a la posibilidad de estos negocios es fundamentalmente la apropiación de la renta urbana por concepto de una localización oportuna y ventajosa. En el caso de los contratos de obra pública, económicamente, el beneficio radica en el financiamiento y las modalidades de cobro.

En el segundo tipo de grupos puede haber partidos políticos de oposición moderada, agrupamientos corporativos dependientes, como pequeños y medianos industriales, pequeños y medianos comerciantes; ciertos grupos asalariados vinculados en forma dependiente al poder local a través de sindicatos oficiales (empleados públicos, no asalariados, vendedores ambulantes), etc.

Esta compleja red compone el sub-sistema político en cuestión. Obviamente, la mayoría numérica de la población urbana no forma parte integrante allí. No obstante, acepta (por lo general sin comprenderlo) el sistema de poder constituido, debido a la eficaz ecuación obtenida mediante la mencionada red de alianzas. Ello no es permanente, y con el curso del tiempo sufre modificaciones y eventualmente rupturas.

La tercera dimensión del poder local es la ideológica, mediante la cual se ha estructurado una cierta visión del mundo en la que predominan los componentes de las clases dominantes, pero en donde las clases subalternas también inscriben ciertos aspectos, lo que permite que se sientan identificados con el conjunto.

Mediante la ideología se irrumpe en todas las manifestaciones culturales y socialmente se obtiene la cohesión necesaria que hace posible que la ciudad (y en sentido amplio la sociedad) funcione más o menos fluidamente. Como ya se vio, este cemento social que es la ideología no sólo se expresa en los mensajes discursivos que dan cuenta del mundo y de la vida, sino también en una

arquitectura del espacio, en una definición de los tiempos, los ruidos y los olores, y hasta en la textura del gran universo de significaciones urbanas.

Así pues, se edifica y transcurre la hegemonía por largas fases históricas hasta que las crisis económicas, políticas, culturales o morales, (o todas juntas) hacen estallar en todo o en parte los dispositivos de la hegemonía (la microfísica del poder) y abren nuevos períodos históricos.

En los países occidentales, -en América Latina en particular- hay un factor que pesa significativamente en la constitución y preservación del poder local: una memoria (que en buena medida es una construcción fantástica ya que no tiene un claro referente histórico) en la subjetividad de las mayorías urbanas, acerca de un funcionamiento democrático de la comunidad, que políticamente se proyecta al hacer reclamar formas democráticas para el gobierno de la ciudad. Así, es que se puede observar con alguna frecuencia, formas autoritarias y poco democráticas en los poderes centrales que coexisten con manifestaciones democráticas en el poder local.

Hasta aquí, se ha venido aludiendo al poder local en tanto centro político emisor de las políticas urbanas y encargado de la gestión urbana. Debido a la particular estructuración del territorio que supone el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el signo del capitalismo, el fenómeno de la concentración (de medios de producción y fuerza de trabajo) determinará la conformación de un grupo pequeño de grandes y expansivas metrópolis. La racionalidad del capitalismo condiciona e impide la realización de ese soñado equilibrio urbano, expresado en un armónico sistema de ciudades de tamaño análogo que se distribuyen por todo el territorio.

Por consiguiente, al hablar de poder local urbano corresponde discernir entre el gobierno de las pocas grandes metrópolis y el resto de los gobiernos locales de ciudades medias y pequeñas.

La intensidad y el énfasis en las políticas urbanas en uno y otro caso variarán sobremanera, así como el grado de complejidad en que las mencionadas dimensiones de las políticas urbanas se expresen.

Es así que en las grandes ciudades se complementan y sobreponen una serie de otras instancias estatales no locales que van a coadyuvar en los designios históricos de construcción y preservación de la hegemonía.

5. LAS CIUDADES DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE

5.1. Genealogía de un patrón de poblamiento dependiente del mercado mundial.

Como ya se ha señalado, la ciudad en la historia adquiere un papel y una naturaleza sumamente cambiante, en función de las sociedades en las que surge y se desarrolla. Hay una producción social de formas espaciales que está determinada por las características estructurales de cada sociedad.

El capitalismo desarrollado o primero en emerger históricamente, se asoció indisolublemente con el fenómeno urbano. Primero durante el auge del capitalismo mercantil, las ciudades fueron el espacio predilecto del comercio, a partir del cual se generaban los múltiples intercambios regionales y luego nacionales. La revolución industrial fincó principalmente en las ciudades las nuevas unidades productivas y por ende el factor económicamente clave en la redefinición de la geografía nacional y de la jerarquía social.

Fuera de este espacio central del capitalismo, los ritmos históricos y la naturaleza del desarrollo de las fuerzas productivas adquirió especificaciones y características propias. Genéricamente se ha hablado para calificar a este gran entorno internacional que no participó del desarrollo originario del capitalismo, o bien lo hizo en calidad de subordinado colonial, de un capitalismo dependiente, periférico o subdesarrollado.

Sin entrar a optar por alguno de estos conceptos como el determinante en la conceptualización, interesa destacarlos, ya que los tres aluden a un componente realmente existente: subdesarrollo, dependencia y periferia.

Más interesados en subrayar la fenomenología de este capitalismo no original, en la perspectiva de este trabajo se usará indistintamente cualquiera de las tres caracterizaciones, sin abrazar ninguna de las teorías que sustenta a cada una de ellas. En la medida que lo que más importa destacar son ciertos aspectos del desarrollo urbano, se des-echa la adopción in totum de teorías explicativas del conjunto de la sociedad.

Por su parte, el impacto internacional del desarrollo capitalista en su doble movimiento de expansión hegemónica y constitución de un mercado mundial, tuvo muy variados efectos en las diversas regiones del planeta.

En América Latina, desde su conquista y colonización el poblamiento se halla sumamente determinado por requerimientos de exacción de riqueza material, geográficamente situados fuera del continente. Primero las metrópolis coloniales (España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia). Después de la Independencia las potencias dominantes en el mercado mundial, hasta el momento actual en que la lógica de sujeción se preserva aunque ya muy localizada con una única potencia, la de Estados Unidos de América.

Dejando de lado la caracterización del poblamiento durante la Conquista y la Colonia (siglos XVI, XVII y XVIII) interesa registrar la naturaleza del fenómeno urbano desde el momento de la

Independencia, ya que con el nacimiento de los nuevos estados políticamente independientes, es que se reorienta al proceso de desarrollo bajo el signo capitalista, en estrecha dependencia con el capitalismo originario.

En el primer momento de la independencia, es decir entre 1810 y 1860 aproximadamente, se da la curiosa situación de que las ciudades latinoamericanas no crecen ni se modifican sustancialmente.

Se producen importantes cambios sociales, que manifiestan la emergencia de nuevos agentes sociales y la desaparición de otros. Básicamente los españoles de origen, pierden sus posiciones privilegiadas en el comercio y en la burocracia estatal correlativamente, criollos hijos de españoles y europeos no españoles pasan a ocupar esas posiciones en el nuevo contexto y al servicio de las nuevas instituciones republicanas.

Genéricamente este período marca una clara diferenciación económica, social y cultural de la ciudad y el campo. Sin consumarse plenamente, la ciudad ya perfila su hegemonía sobre el campo, por la vía de controlar el comercio exterior y por tratarse del espacio en el que se fermentan y conforman las ideas de renovación política y cultural. Ello condujo a identificar, en esta bipolaridad, dos mundos separados y en ocasiones enfrentados.

La ciudad colonial, en la cotidianidad de sus costumbres, en la ocupación de sus mayorías sociales, -las clases urbanas- y en su aspecto físico, sufre muy pocas variaciones hasta finales del siglo XIX.

No obstante la reconversión de la economía latinoamericana a la lógica del modo de producción capitalista, la plena socialización de esta lógica y sus aplicaciones culturales, tardarán varias décadas en hacerse ver nítidamente en América Latina a partir de su independencia.

Exponente de ello será el aspecto de continuidad colonial que en el conjunto proporcionarán las ciudades latinoamericanas durante el siglo XIX. Entre los pocos factores de cambio remarcables, hay un escaso crecimiento urbano con motivo del surgimiento y desarrollo de ciertos servicios (financieros, personales, etc.) que se desenvuelven en apoyo o alrededor de las actividades del comercio exterior. A ello habría que agregar la llegada de ciertos migrantes europeos y criollos del campo que engrosan las poblaciones urbanas de las principales capitales sin demasiada significación.

Lo que sí ya es perceptible con cierta antelación es la conformación de redes urbanas en las que nacionalmente sobresalen casi únicamente las capitales en detrimento del resto de los centros de población (28).

No habrá durante el siglo XIX una marcada actitud fundacional de pueblos y ciudades. Lo más frecuente es el enaltecimiento o la depresión de centros de población ya existentes.

5.2. Consolidación y desarrollo de la urbanización capitalista

A partir de 1370 aproximadamente, se perciben los cambios más importantes en la urbanización latinoamericana. Estos cambios se asocian en buena medida a la estabilidad política que comienzan a vivir las sociedades latinoamericanas, dejando atrás esa especie de obsesión fratricida que caracterizó los primeros cincuenta años independientes.

Con ello, es posible la consolidación de las nuevas relaciones sociales de producción y la más intensa relación con el mercado mundial, es decir, las nuevas potencias capitalistas interesadas en la adquisición creciente de materias primas a cambio de los bienes manufacturados por ellas producidos.

La expresión social de todo esto, es la consolidación de los nuevos agentes sociales, cuya posición en la sociedad queda claramente establecida. Esta nueva ciudad latinoamericana que se perfila al compás de los cambios interiores y exteriores se caracteriza por una serie de nuevos hechos y procesos.

En primer término, comienza a operar realmente un mercado inmobiliario capitalista. Formalmente constituida desde tiempo atrás, la especulación inmobiliaria en tanto actividad notoria de dicho mercado, empezará a producirse a fines de siglo.

Directamente vinculado con lo anterior se empieza a manifestar una expansión física de la ciudad con un claro incremento de los espacios urbanizados. Este crecimiento horizontal obedece en alguna medida al crecimiento demográfico, pero en mayor medida aún se debe a un cambio en la estructuración de la ciudad, que entre otras cosas se expresa en el desplazamiento de las clases altas a la periferia urbana.

(28) Romero, J.L.: «Latinoamérica: las ciudades y las ideas». Ed. Siglo XXI. Pág. 245.

Esta reestructuración de la ciudad implica una reubicación de las actividades y los grupos sociales. Lo primero alude a la zonificación característica de la ciudad capitalista y que consiste en una localización diferenciada de las principales actividades económicas industria, comercio, servicios, habitación. A su vez, los grupos sociales pasan a localizarse en espacios habitacionales segregados horizontalmente en la mancha urbana, en los que las clases altas ocupan los mejores lugares.

Es decir, la jerarquía social se redefine en su expresión espacial, destacando la distancia topográfica entre las clases sociales, manifiesta en el mencionado dispositivo de la segregación.

Zonificación y segregación, hechos típicos de toda urbanización capitalista, se instalan en las ciudades latinoamericanas, imprimiendo a la estructura urbana de la ciudad colonial una de las principales modificaciones.

Pero uno de los hechos más típicos de la transformación en curso, es que el ingreso a una modalidad de urbanización típicamente capitalista se da sin el motor de una industria pujante y en expansión como había ocurrido en Europa y USA.

Las ciudades latinoamericanas conocen la industria para fines del siglo XIX y en algunas ya existen industrias importantes. No obstante, es muy claro que la producción industrial nacional aún es muy baja y no se inscribe como elemento fundamental en la acumulación capitalista que se ha venido generando.

Esta extraña paradoja no debe llevar a invalidar las afirmaciones hechas anteriormente en este trabajo. La urbanización del capitalismo dependiente latinoamericano, es también la expresión potenciada de procesos de valoración generados por la acumulación capitalista.

Tratándose de países que en su totalidad comenzaron a tener una relación dependiente con el mercado mundial a partir de la exportación de materias primas, van a caracterizarse en una primera etapa por ese papel mono exportador, con ausencia de procesos significativos de manufacturas.

La inserción tardía de los países latinoamericanos al mercado mundial, los enfrenta al grupo de países capitalistas que dominan dicho mercado, quienes manifiestan necesidad de ciertas materias primas, y ofrecen mercancías manufacturadas por sus jóvenes pero desarrolladas industrias.

Esta modalidad de intercambio, desde sus orígenes va a conducir a que el excedente generado en los procesos de extracción y tratamiento de las materias primas a exportar (lana, carne, minerales, café, azúcar, etc.) sea dedicado a adquirir mercancías manufacturadas para el acondicionamiento de los procesos productivos locales.

De esta manera, las ciudades latinoamericanas, particularmente las capitales o aquellas ubicadas en sitios estratégicos a efectos de la comunicación con el mercado mundial, van a empezar a crecer y desarrollarse en su calidad de espacios privilegiados de la intermediación con el exterior. Asiento de nuevas burocracias, y de comerciantes criollos que venden los productos locales o importan manufacturas, y de filiales de casas matrices extranjeras que controlan directamente alguna o todas las fases de los procesos productivos de extracción de materias primas, esas pocas ciudades comienzan a tener una nueva función y mayor relevancia política y económica.

Este es uno de los aspectos más específicos de la urbanización latinoamericana; ciudades capitalistas con industrias débiles o inexistentes. En buena medida, este aspecto dejará su impronta para el futuro, ya que permitirá un desenvolvimiento de tipo capitalista pero sin raíces directas con la industria local.

5.3. Resemantización de los espacios urbanos

Por último otro aspecto sumamente destacable y directamente vinculado a los anteriores, es el proceso de resemanización que se opera en la novel ciudad capitalista latinoamericana.

Esa nueva expresión espacial de la jerarquía social, se representa en una urbanización sobre la periferia que las clases pudientes protagonizan progresivamente. Un gradual abandono del centro urbano, cada vez más congestionado e invadido por las actividades en desarrollo -comercio y servicio- y una radicación en nuevos fraccionamientos concebidos a imagen y semejanza de sus homólogos franceses e ingleses.

Mansiones arboladas y con vastos jardines, o pequeños chalets con más pretensiones que el suelo disponible, rellenan los nuevos fraccionamientos, muchos de ellos semivacíos desde hacía años.

Este nuevo poblamiento estuvo muy determinado por los nuevos medios de comunicación, cuyo desarrollo implicó un acortamiento de las distancias.

De los carruajes y tranvías de caballos, se pasa al ferrocarril, los tranvías eléctricos, y despuntando el siglo, los primeros vehículos automotores. Correlativamente, también empieza a generarse un poblamiento de clases subalternas, menos rimbombante y europeizante, que a falta de espacio en el casco urbano se empieza a localizar más o menos precariamente a lo largo de las principales vías de acceso a la ciudad.

En la resemanización aludida no solamente hay un cambio de lugar en la habitación de las clases sociales; también han emergido nuevos símbolos y señales referidos al prestigio y la elegancia, entre los que destaca la particularidad de una acentuación de la familia nuclear en oposición a la familia tradicional. Estas nuevas mansiones tan amplias y arboladas con interiores cruzados por barrocas escaleras -que bien podrían aludir al ascenso social reciente de estas pocas familias- disponen de un espacio interior en proporción inversa a los habitantes de las nuevas familias que las habitan. La familia burguesa que se ha redefinido es pequeña pero requiere de más espacio.

En el antiguo casco urbano, empiezan a proliferar grandes edificios públicos que le imprimen una nueva imagen a la ciudad. Sedes de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, edificios de correos, teléfonos, estaciones del ferrocarril, teatros y óperas, casas de bolsa, entre otros, son edificados bajo la promoción directa o indirecta del Estado.

Hay una marcada preocupación por inscribir en estos nuevos lugares, un estilo arquitectónico de ruptura con el pasado colonial. El barroco del siglo XVIII es abandonado y hasta vituperado, en un proceso de sustitución encarnado predominantemente en una arquitectura neo clásica que quiere destacar la existencia de las nuevas instituciones republicanas, complementarias a las nuevas relaciones sociales capitalistas, que también reniegan de los corporativismos y privilegios del pasado colonial.

Políticamente, la República; social y culturalmente, la igualdad formal, la libre competencia y el progreso social, quedan estampados en esta nueva morfología urbana en la que comenzarán a proliferar los anuncios comerciales -con frecuencia en inglés, francés y hasta alemán- y una nueva velocidad circulatoria que mucho dice de la movilidad social y económica -horizontal y vertical- propia de la urbanización capitalista.

5.4. Patrón de poblamiento concentrador y crecimiento desigual de las ciudades

Esta nueva ciudad latinoamericana, no se superpone sobre la totalidad de las ciudades existentes. En la mayoría de los países este cambio sólo involucró a las capitales, y a otras pocas ciudades. El resto perpetúa la dinámica anterior, como retenido en la modorra colonial.

El cambio urbano operado, acrecienta la brecha con el otro mundo de estas sociedades: el campo. No obstante, se consolida la articulación dependiente de este otro espacio rural, ya que por un lado está más ligada al mercado mundial, y por otro más dependiente de la intermediación urbana que ello implica.

Adicionalmente, estas pocas ciudades en proceso de cambio, empiezan a recibir flujo de migrantes europeos y algunos provenientes del interior del país. Con ello se retroalimenta el crecimiento urbano, pero bajo las modalidades mencionadas.

Las primeras décadas del siglo XX marcaron cambios muy dispares en la urbanización latinoamericana. Ciertos procesos industrializadores que se venían insinuando, adquirieron fuerza con motivo de la primera guerra mundial y por consecuencia de la semi-paralización del mercado mundial. Con este motivo surgió como una necesidad y con buenas posibilidades de rentabilidad, la posibilidad de vigorizar un proceso de desarrollo industrial sustitutivo de importaciones. Sin embargo, esta línea de desarrollo no fue general y sólo involucró a algunos pocos países sudamericanos.

En los países en que se inició la sustitución de importaciones, las principales ciudades tuvieron un fuerte impulso de crecimiento, fundamentalmente por los flujos migratorios nacionales y extra europeos que vinieron a insertarse en este contexto.

Bajo estas circunstancias, la crisis de 1929 afectó con mayor dureza a estos países de temprana industrialización, ya que al paralizarse la industria, las recientes masas urbanas quedaban totalmente desamparadas.

En el resto del continente, sociedades eminentemente rurales, vía la producción de subsistencia, recibieron menos duramente los impactos de la recesión.

En el curso de la década de los años treinta, comenzará a generalizarse muy lentamente, pero de manera notoria, la urbanización que terminará por instalarse como proceso sostenido durante la segunda guerra mundial. Esta nueva interrupción del mercado mundial, empuja a casi todas las naciones latinoamericanas a iniciar distintas y variadas modalidades de sustitución de importaciones con el consiguiente impacto urbanizador.

En los países con mercados más amplios esta urbanización pronto adquirirá un carácter acelerado, por la doble confluencia de un más sólido desarrollo industrial y una más marcada expulsión social del espacio rural.

Es así que comenzarán a perfilarse las denominadas «ciudades vertederos» es decir, las metrópolis latinoamericanas en donde un permanente flujo migratorio procedente casi exclusivamente del campo desbordará unas pocas ciudades. Esta modalidad de estructuración urbana en América Latina, dio lugar al tan conocido y controvertido fenómeno de la marginalidad social, o súper población relativa, o ejército de reserva, o tantas otras denominaciones que las diversas corrientes de la sociología latinoamericana han manejado.

Sin ánimo de participar en la indagatoria acerca del sentido y naturaleza de este fenómeno, sólo se afirma que estas masas marginadas, lejos de ser un universo social extrapolado en espera de una futura integración social, cumplen una función social de sostén y viabilidad del proceso global de acumulación capitalista (nacional y transnacional). Se trata de una pobreza económicamente útil en las estructuras del capitalismo dependiente latinoamericano.

Lo que más interesa subrayar de este aspecto de la urbanización latinoamericana, son las escisiones culturales tajantes que en su esfera y respetando las mediaciones pertinentes, expresen la aludida estructura socio-económica de la urbanización.

5.5. Heterogeneidad estructural y cultural

Esta industrialización a medias y dependiente va a estar alimentando permanentemente la coexistencia compleja y conflictiva de una cultura hegemónica, portadora de la modernidad del mundo occidental, con un abanico de culturas y expresiones culturales subalternas. Entre éstas habrá muchas que tienen su origen en el espacio rural y otras expresiones constituirán refracciones con perfil propio, aseverando enfáticamente el mestizaje constante de ideas, modas, hábitos, prácticas o representaciones imaginarias. Por ello, la realidad social urbana de las metrópolis latinoamericanas es la de la heterogeneidad cultural, en oposición a la homogeneidad alcanzada por las sociedades del capitalismo desarrollado (no obstante sus desniveles culturales).

Esta heterogeneidad no es pasiva. El proyecto cultural hegemónico -con todas sus variantes y adecuaciones históricas- buscará empecinadamente imponerse al conjunto social. Pero esta voluntad no acaba por consumarse, ya que los movimientos de la estructura social lo impiden. Entre otras cosas, los flujos migratorios constantes, provenientes del campo y su específico ámbito cultural, con su mera presencia debilitarán y cuestionarán a la cultura hegemónica. Primero, la educación formal buscará imponer esta homogeneidad cultural, y luego se sumará la llamada cultura de masas, manifiesta predominantemente a través de los medios masivos de comunicación (radio, prensa escrita, cine, televisión).

Estos avatares de la evolución cultural, tienen en América Latina un escenario privilegiado en el espacio urbano. Allí es donde con mayor intensidad operan los dispositivos de la cultura de masas, en los que juegan un papel muy importante, como ya se señaló, las políticas urbanas, promoviendo algunas prácticas y sancionando otras, o contribuyendo a definir espacios y paisajes urbanos, que no obstante su silencio de objetos portarán mensajes y afirmaciones culturales en el sentido de la cultura hegemónica. En estas ciudades latinoamericanas se va a superponer a la marginalidad social la marginalidad urbana. Es decir, la presencia de vastas masas urbanas que no alcanzan los satisfactores básicos en materia de infraestructura y servicios; falta de drenaje, agua potable, transporte, electricidad, etc. caracterizan el poblamiento de estos marginados urbanos.

El sustento estructural de la heterogeneidad cultural aludido estará dado en las relaciones sociales de producción, pero también en la brutal segregación espacial manifiesta. Por un lado una ciudad moderna con sus infraestructuras y servicios urbanos completos, y por otro enormes manchas grises de un poblamiento deficitario y en permanente proceso de autoproducción de los satisfactores básicos. La lógica del desarrollo capitalista dependiente, conduce a incrementar la urbanización, aún a un ritmo más acelerado que en el capitalismo desarrollado. La expulsión de la fuerza de trabajo rural y la mayor rentabilidad ofrecida por la concentración de los medios de producción, son dos movimientos históricos que alimentan la urbanización metropolitana en el capitalismo dependiente latinoamericano.

Descentralización, desconcentración, distribución armónica de la población en el territorio, solamente son concebibles a partir de la ruptura con los procesos referidos que determinan el crecimiento de las ciudades.

Mientras tanto, éstas continúan su engrosamiento alucinante hacia un camino inexorable de agudización de las contradicciones manifiestas, no obstante los experimentos autoritarios, tecnocráticos, populistas o neoliberales. La lógica de la ganancia capitalista, nacional e internacionalmente determinada, sigue empujando al crecimiento de estas ciudades: aberrantes emporios de pobreza y muestrario de desigualdades.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E.: «*Para leer el Capital*». Ed. Siglo XXI. BAUDRILLARD, J.: «*Crítica de la economía política de/signo*». Ed. Siglo XXI.
- BENEVOLO, L.: «*Diseño de la ciudad*». Ed. Gustavo Gilli.
- BOBBIO, N.: «*Diccionario de ciencia política*». Ed. Siglo XXI.
- CASTELLS, M.: «*Capital multinacional, estados nacionales, comunidades locales*» Ed. Siglo XXI.
- CASTELLS, M.: «*Ciudad, democracia y socialismo*». Ed. Siglo XXI.
- CASTELLS, M.: «*La cuestión urbana*» Ed. Siglo XXI.
- CLAVAL, P.: «*Espacio y poder*» Ed. F.C.E.
- CHESNEAU, J.: «*¿Hacemos tabla rasa de/pasado?*». Ed. Siglo XXI.
- CHUECA GOITIA, F.: «*Breve historia del urbanismo*» Ed. Alianza Editorial.
- DUVIGNEAUD, J.: «*Sociología de teatro*». Ed. EC.E.
- ECCO, U.: «*Tratado de semiótica*». Ed. Nueva Imagen.
- ECCO, U.: «*La estructura ausente*». Ed. Lumen.
- FOUCAULT, M.: «*Vigilar y castigar*». Ed. Siglo XXI.
- FOUGOUET, E y MOURARD, L.: «*Los equipamientos del poder*». Ed. Gustavo Gilli.
- FUSCO, R.: «*Arquitectura como mass medium*». Ed. Anagrama.
- GARCIA RIERA, E.: «*El cine y su público*». Ed. FC.E.
- GONZALEZ, J.: «*Sociología de las clases subalternas*». Ed. UAM Xochimilco.
- GRAMSCI, A.: «*Antología*», Ed. Siglo XXI.
- GRAMSCI, A.: «*Los intelectuales y la organización de la cultura*». Ed. Nueva Visión.
- HABERMAS, J.: «*Historia y crítica de la opinión pública*». Ed. Gustavo Gilli.
- HARVEY, D.: «*Urbanismo y desigualdad social*». Ed. Siglo XXI.
- LIPIETZ, A.: «*El capital y su espacio*». Ed. Siglo XXI.
- LOJKINE, J.: «*El marxismo, el estado y la cuestión urbana*». Ed. Siglo XXI.
- MARX, K.: «*El Capital*». Tomos 1,2 y3. Ed. FC.E.
- MARX, K.: «*El Capital*» Libro 1; Capítulo VI (inédito). Ed. Siglo XXI. MORAGAS SPA, M.: «*Semiótica y comunicación de masas*». Ed. Península.
- MORSE, R. et al: «*El proceso de urbanización en las Américas*». Ed. StAR
- MORSE, R.: «*Las ciudades latinoamericanas*». Ed. Sep 70
- MUMFORD, L.: «*La ciudad en la historia*». Ed. Infinito.
- PIRENNE, H.: «*Las ciudades de la Edad Media*» Ed. Alianza Editorial.
- PORTILLO, A.: «*El arrendamiento de vivienda en la ciudad de México*». Ed. UAM - Iztapalapa.
- POULANTZAS, N.: «*Estado, poder y socialismo*». Ed. Siglo XXI.
- PROSS, H.: «*Estructura simbólica de/poder*». Ed. Gustavo Gilli.
- ROMERO, J.L.: «*Latinoamérica: las ciudades y/as ideas*» Ed. Siglo XXI.
- SAUSSURE, F.: «*Curso de lingüística general*». Ed. Losada.
- SCHTEINGART, M.: «*Urbanización y dependencia en América Latina*». Ed. SIAP.
- SEGRE, R.: «*Estructuras ambientales de América Latina*» Ed. Siglo XXI.
- SENNET, R.: «*El declive del hombre público*». Ed. Península.
- SINGER, R.: «*Economía política de la urbanización*» Ed. Siglo XXI.
- TER RAIL, J. P et al: «*Necesidades y consumo en la sociedad capitalista*». Ed. Grijalbo.
- THEODORSON, G.A.: «*Estudios de ecología humana*» Ed. Labor.
- TOPALOV, C.: «*La urbanización capitalista*» Ed. Edicol.
- VENTURI, R. et al: «*Aprendiendo de Las Vegas*». Ed. Gustavo Gilli.

INDICE

Prologo	2
Presentación	3
Introducción	5
1.Sentido económico de la urbanización capitalista	6
1.1. Ciudad y modo de producción	6
1.2. Centralización y concentración en el espacio urbano	7
1.3. Las condiciones generales de la producción	8
1.4. El consumo colectivo de las mayorías urbanas	8
1.5. Las diversas formas del consumo colectivo	9
1.6. La expresión espacial de las relaciones sociales	10
1.7. Una nueva noción del espacio y el tiempo que se expresa en las formas urbanas	11
1.8. Evolución histórica de las formas de consumo colectivo	12
2.Reproducción social, cultura hegemónica y ciudad	13
2.1. El estado como factor fundamental de la reproducción social	13
2.2. Emergencia histórica y preservación de la cultura hegemónica	14
2.3. La disciplinarización de la sociedad en el nuevo entorno cultural	15
2.4. El espacio urbano, asiento privilegiado de las sociedades disciplinarias	17
2.5. Evolución de lo público y privado en la ciudad capitalista	18
2.5.1. El comercio	18
2.5.2. El aspecto externo del nuevo individuo	18
2.5.3. Una nueva zonificación urbana	19
2.6. Recreación y “tiempo libre”	20
3. Las formas urbanas como portadoras de la cultura hegemónica	21
3.1. La ciudad en tanto campo de significaciones	21
3.2. El universo de los elementos significantes	22
3.2.1. Trazado y definición de espacios en la ciudad	22
3.2.2. La simbólica edilicia	23
3.2.3. Signos y símbolos urbanos	24
4. Gobierno del territorio y políticas urbanas	25
4.1. Poder central y poderes locales	25
4.2. Sistema y actores políticos en la ciudad	27
5.Las ciudades del capitalismo dependiente	28
5.1. Genealogía de un patrón de poblamiento dependiente del mercado mundial	28
5.2. Consolidación y desarrollo de la urbanización capitalista	29
5.3. Resemantización de los espacios urbanos	30
5.4. Patrón de poblamiento concentrador y crecimiento desigual de las ciudades	31
5.5. Heterogeneidad estructural y cultural	32
Bibliografía consultada	33
Índice	34